

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**SORTEO DEL
MILLON**

**PUNTO
ROJO**

ejecutor privado

clark carrados



**BOLSILIBROS
BRUGUERA**

**SORTEO DEL
MILLON**

Vea en las últimas páginas
las instrucciones y bases para
participar en el sorteo de UN
PISO Y UN COCHE o, si lo pre-
fiere,

UN MILLON DE PESETAS

YA ESTA A LA VENTA

LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

CLARK CARRADOS

EJECUTOR PRIVADO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 597
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 29.133-1973

ISBN 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1973

© CLARK CARRADOS - 1973

texto

© DESILO - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.343. — Elección de venganza.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.204. — Secuestro de una chica guapa.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.023. — Imperio de humo.

En Colección CALIFORNIA:

812. — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

717. — Tumba para un hombre malo.

En Colección BRAVO OESTE:

526. — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818. — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635. — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138. — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66. — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

588. — Oro, agua, sangre y fuego.

CAPÍTULO PRIMERO

Entró en la casa y dio la luz, pero casi en el acto se percató de que la lámpara de la sala no estaba en el lugar de costumbre. Sorprendido, Harry Deltan se volvió y divisó la oscura silueta de un hombre, sentado en un sillón, al otro lado de la lámpara.

—¿Quién...?

—No se excite, Harry —dijo el desconocido con voz persuasiva—. No he venido a causarle ningún mal. Solo deseo hablar unos minutos con usted, pero, por favor, termine de cerrar la puerta y póngase cómodo.

Deltan asintió. El intruso había colocado la lámpara de modo que le daba casi de lleno en los ojos, impidiéndole captar el menor rasgo de sus facciones. Por otra parte, adivinaba que tenía el sombrero echado sobre la frente, usaba grandes gafas de color y sus manos estaban enguantadas en negro.

«Un perfecto disfraz», pensó Deltan.

—Ya está —dijo al terminar.

—Harry, va a ocupar usted un puesto privilegiado en mi organización —declaró sin alzar la voz en absoluto—. Todos los meses, recibirá un sueldo de mil quinientas libras, pero habrá de estar dispuesto para partir hacia cualquier lugar del mundo en el momento en que yo se lo ordene.

—¿Me va a pagar un sueldo de príncipe solo por viajar? —preguntó Deltan burlonamente.

—No, el sueldo me asegurará de tenerlo a mí disposición en cualquier momento. Pero cuando yo se lo ordene, usted emprenderá un viaje, o puede que ni siquiera necesite moverse de Londres, y entonces, matará a la persona que yo le indique.

—No soy un asesino profesional —protestó Deltan virtuosamente.

El desconocido visitante se echó a reír.

—Lo será a partir de ahora —aseguró—. El sueldo, repito, es solo por estar a mí disposición en todo momento. Cada «ejecución» le reportará cinco mil, más gastos, que habrá de justificar adecuadamente.

Deltan reflexionó unos momentos.

—¿Por qué me ha elegido a mí? —preguntó al cabo.

—La forma en que usted quitó de en medio a una mujer infiel y a un amigo traidor me subyugó por completo. Fueron dos «ejecuciones» perfectas; si bien yo desapruero la eliminación de una persona solo por celos. Eso no reporta ningún beneficio, porque, según tengo entendido, la señora Deltan no poseía bienes de fortuna y el amigo, claro está, no iba a

acordarse de usted en su testamento.

—Se me absolvió por falta de pruebas...

El visitante soltó una risita de tono siniestro.

—Esas pruebas podrían aparecer en cualquier momento —aseguró—. Pero no vamos a hablar de ello por ahora, sino de lo bien que usted supo hacerlo. Espero que aplique esas experiencias a «trabajos» posteriores. Ambos saldremos grandemente beneficiados, se lo aseguro.

—Supongamos que acepto. ¿Cómo sabría yo el nombre de la persona a la que debería... liquidar?

—Estos asuntos deben prepararse bien, con tiempo, estudiando minuciosamente las costumbres del «objetivo», de tal modo que llegado el momento no solo no se falle, sino que tampoco se dejen rastros. Nunca le indicaré el nombre de una persona para matarla al día siguiente; sería una estupidez hacerlo así. Es lo que pierde siempre a los criminales... ¿y no hizo usted algo parecido, cuando resolvió vengarse de su mujer y de su amigo?

Deltan emitió un gruñido entre dientes. El visitante volvió a reír.

—Cuando llegue el momento, yo le telefonearé a usted y le diré que debe regalar una caja de habanos o un ramo de flores, según sea el sexo de la persona que debe desaparecer. Incluiré también, como es lógico, su dirección y, si residiese a gran distancia, una suma prudencial para gastos de viaje. A su regreso, con buenas noticias, por supuesto, recibirá las cinco mil libras de la prima establecida para tales casos.

Deltan miró fijamente al desconocido.

—Usted piensa obtener unos beneficios descomunales de esta clase de trabajos —dijo.

—En efecto. Y quienes me lo encomienden, aún saldrán más beneficiados que nosotros. Pero en este mundo no faltan nunca las personas que desean suprimir a alguien que les resulta incómodo, y si una de esas personas tiene dinero en abundancia, ¿por qué no complacerle, Harry?

Un pequeño paquete voló por los aires y cayó sobre las piernas de Deltan.

—Su primer sueldo —dijo—. El resto le será enviado puntualmente todos los primeros de mes por correo. Ahora, por favor, póngase en pie, vuélvase y no mire.

—Sí, señor —contestó maquinalmente.

Hizo lo que le decían y oyó pasos a sus espaldas. De pronto, dijo:

—Señor...

—¿Sí, Harry?

—¿Cómo sabe que hay pruebas contra mí?

—Le dejaré una fotografía. Es el reloj de pulsera de su esposa. El cristal se agrietó, pero no se rompió cuando usted lo paró a golpes, para cambiar

la hora de su muerte. Dejó la huella de su pulgar sobre el cristal. ¿Satisfecho, Harry?

—Decepcionado de mí mismo —confesó Deltan—. Creí haberlo hecho todo bien...

—Si algún día comete un error semejante, lo pagará usted exclusivamente, porque no me tendrá a su lado para ayudarle.

—Entonces, ¿me ayudó porque sabía que un día vendría y...?

—Sí, Harry —contestó el desconocido sobriamente. Deltan oyó el ruido de la puerta y se volvió.

¿Había soñado? se preguntó.

El fajo de billetes que tenía en las manos le convenció de que todo era real, que no se trataba de una pesadilla.

«Me he convertido en un asesino profesional», murmuró para sí.

* * *

Algunos meses más tarde, el superintendente John W. Hulme, de Scotland Yard, tropezó inesperadamente al bajar por la escalera de su casa, desde el primer piso al vestíbulo, y se desnucó.

Había muy poca luz en aquellos momentos, ya que se habían saltado los fusibles y el señor Hulme se disponía a reparar la avería. Por dicha razón, al no haber luz, no pudo ver la cuerdecita que iba tendida de lado a lado en el primer escalón.

La señora Hulme oyó el ruido y siguió quieta en su habitación durante unos minutos. Al cabo de un rato, encendió una vela y salió al corredor superior.

Se arrodilló en el suelo y quitó la cuerda, procurando no dejar el menor rastro de su labor. Descendió a la planta baja y se arrodilló junto al caído. El corazón había dejado ya de latir. Clarissa Hulme sabía perfectamente que, en un caso como el que acababa de ocurrir, el corazón, al no haber sido afectado de un modo directo, seguía latiendo unos minutos después de haberse producido el fallecimiento.

Pero ya no latía. Clarissa se puso en pie, arregló la avería y luego llamó a la Policía y a un médico.

Todo el mundo sabía lo enamorada que estaba Clarissa de su esposo, por lo que a nadie extrañaron las muestras de dolor que dio en aquellos días. Terminadas las fúnebres ceremonias y después de las últimas exequias, la señora Hulme anunció que se retiraría una, temporada al campo, a fin de reponerse del dolor que aquella irreparable pérdida había causado en su ánimo.

Algunos trataron de consolarla diciéndola que era joven y que acabaría por olvidar. Clarissa dijo que jamás podría olvidar al que había sido la joya

de los esposos. Casi veinte años de edad habían separado al señor y la señora Hulme, pero ello no había significado el menor obstáculo en el intenso cariño que ambos se habían tenido.

Lynn Russell fue uno de los que leyó la noticia del fallecimiento del superintendente Hulme y, antiguo amigo de la viuda, fue a darle el pésame. Por aquel entonces, Lynn tenía veinticuatro años y la hermosa viuda iba a cumplir los veintitrés.

Tres años más tarde, las cosas empezaron a rodar mal para Lynn Russell. Un día se encontró con un amigo suyo, el inspector McCull, de Scotland Yard, y comentaron la pésima marcha de la libra esterlina y la carestía de la vida.

El inspector McCull comentó también una serie de extrañas muertes que se habían producido en aquellos últimos años.

—Siete, en total, y nunca se ha descubierto al asesino.

Lynn casi se burló de su amigo.

—Vamos, vamos, Angus, no irás a decirme que el Yard se siente incapaz de encontrar a un asesino que se ha «cargado» ya a siete personas —dijo.

—Aunque a ti te parezca extraño, así es —respondió McCull.

—Pero, al final, Scotland Yard siempre gana.

McCull hizo un gesto de duda.

—Todavía, aparte de los mencionados, hay algunos crímenes cuyo autor no se ha descubierto jamás —dijo.

—Vamos, el crimen perfecto.

—El crimen perfecto es ese en que la víctima muere y su fallecimiento se achaca a causas naturales. Cómo puedes comprender, el asesino consigue la impunidad para siempre.

—Y a ti te siguen preocupando esos siete asesinatos.

—Dos de ellos han sido cometidos en Londres, uno en Liverpool, otro en Glasgow, dos en París y el último en Ámsterdam. Había un nexo común a todas las víctimas: su enorme fortuna.

—Eso parece indicar que los herederos tenían prisa en disfrutar del dinero del muerto.

—Yo lo diría así, pero, ¿quién lo demuestra?

—¿Tan grande es la perfección en la ejecución de los crímenes?

El inspector McCull no estaba de servicio, por eso podía tomarse un doble de *whisky* con un amigo. Bebió un trago de su vaso y contestó afirmativamente:

—Jamás he visto nada parecido. Y añadiré algo que quizá llame también tu atención, como nos ha sucedido a nosotros: el asesino perfecciona sus métodos cada vez más. El último asesinato ha sido una verdadera obra de arte.

Russell se echó a reír.

—Vamos, vamos, no irás a decir que matar a una persona es un arte. Lo que sucede es que el asesino va adquiriendo práctica y... ¿Por qué lo hace, Angus?

—Por dinero, claro. Y, a propósito, ya que hablamos de dinero, ¿cómo marchan tus negocios, Lynn?

—Mal —contestó Russell con sincero laconismo.

CAPÍTULO II

Sonó el teléfono. Harry Deltan estaba sentado en un cómodo butacón, con un grueso habano en la mano izquierda y una copa balón en la derecha. Delante de él, estaba el televisor, mostrando en su pantalla las imágenes de un encuentro de rugby, deporte al que, como espectador, era Deltan sumamente aficionado.

Dejó la copa a un lado y levantó el aparato.

—Deltan —dijo.

—Hay que enviar una caja de habanos a Robbyn Mitchar, residente en la calle Greenock, doscientos. ¿Ha tomado nota del encargo?

—Sí... sí, señora, pero...

—Eso es suficiente. Adiós, Harry.

—Un momento, señora; yo quisiera...

—Ya hemos hablado bastante. Adiós, Harry.

Sonó un «click». Deltan volvió el teléfono a la horquilla con gesto malhumorado.

¿Por qué había cambiado de personalidad el desconocido que le contrató como asesino profesional? se dijo. Primeramente, había hablado con un hombre; pero ya hacía mucho tiempo de ello, recibía las órdenes de una mujer.

Claro que, a fin de cuentas era lo mismo; la mujer se mostraba puntual en los pagos y nunca le había regateado un chelín en la cuenta de gastos. Pero a Deltan la curiosidad le quemaba.

El habano le supo mal repentinamente y lo tiró a un cenicero. Apuró el contenido de la copa y miró un instante al televisor.

Gales iba ganando. Escocia perdía.

Deltan había sido siempre partidario, en rugby, del País de Gales. En aquel momento, deseó que su equipo fuese derrotado.

Se puso en pie. Cerró el televisor. Era preciso empezar a recoger informes sobre la vida y milagros de un tal Robbyn Mitchar.

«Un tipo podrido de dinero, sin duda», se dijo.

Como los siete a los que ya había eliminado.

* * *

El bolso se le cayó repentinamente a la elegante dama que salía de la tienda y un hombre se agachó para recogerlo. Ella se lo arrebató de un manotazo.

—Traiga acá eso —dijo, muy excitada.

—Señora, le aseguro que no pretendía robarle. Solo quería...

Russell se interrumpió en el acto. Ella le miró extrañada.

—Usted... tú eres Clarissa Hulme —dijo él.

—Lynn —exclamó la mujer—. Lynn Russell.

—El mismo —sonrió el hombre avergonzadamente—. Cómo puedes comprender, no pretendía robarte el bolso.

Clarissa contempló a Russell de pies a cabeza. El ofrecía un aspecto desastrado: ropas viejas y usadas, zapatos con grietas y barba de tres días. En la manga izquierda de la chaqueta se divisaba un «siete». El sombrero presentaba a sí mismo un aspecto ruinoso.

—Pero, Lynn, ¿qué te ha sucedido? —exclamó ella, atónita.

Russell hizo una mueca.

—Por lo visto, no soy el genio de las finanzas que un periódico afirmó imprudentemente hace algunos años —contestó—. Me arruiné por completo y...

De súbito, con un impulso irresistible, Clarissa agarró al joven por un brazo y se lo llevó hacia el automóvil que tenía estacionado a poca distancia.

—Ven —dijo—, te llevaré a mí casa y allí hablaremos de tu situación actual. Y si estoy en condiciones, que sí creo estarlo, te ayudaré para que puedas rehacerte.

—Pero, Clarissa...

—¿Me vas a replicar ahora? —sonrió la mujer, mientras abría la portezuela del automóvil—. Fuimos amigos hace años y los amigos se deben ayudar siempre, cuando uno de ellos está en un apuro. ¿No lo harías tú por mí si fuese a la inversa?

—Por supuesto.

—Entonces, no se hable más, Lynn.

Media hora más tarde, Clarissa abría la puerta de su casa. Russell quedó en el umbral, irresoluto.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no entras? —preguntó ella. Russell contempló el suelo espejeante.

—Voy a ensuciarlo...

—Oh, no seas tonto —dijo Clarissa, tirando de un brazo masculino—. Entra y... Arriba tengo todavía algunos trajes de mi difunto esposo. No sé por qué los he conservado; deben de oler espantosamente a naftalina, pero podrás arreglarte por el momento. Querrás bañarte, supongo.

Russell sonrió.

—¿Estoy viviendo un cuento de Las mil y una noches? —preguntó.

—Siempre te consideraré como un buen amigo, Lynn. Necesitas ayuda y yo puedo dártela. Anda, ven.

Clarissa le guio hasta el piso superior. Mientras subían, él dijo.

—Creo que fue por aquí donde se cayó tu esposo, ¿no?

Ella suspiró.

—Un desgraciado accidente —calificó—. Pero los años pasan y pasan, la vida sigue y hay que vivirla y... Bueno, no hablemos de cosas tristes, querido. Entra en el baño; yo te llevaré las ropas dentro de unos momentos. Ah, en el armario de baño encontrarás útiles de afeitar —le guiñó un ojo—. La maquinilla es pequeña, de señora, pero eso no te importará demasiado, supongo.

—Clarissa, creo que voy a tener que señalar este día con piedra blanca —dijo él, muy conmovido.

—Presumo que ha sido un encuentro que nos dará satisfacción a ambos —contestó ella.

* * *

Una hora más tarde, Russell bajó del primer piso. Clarissa estaba en una salita de la planta baja. Le aguardaba con bebidas preparadas y un buen fuego en la chimenea.

—¿Estás sola en casa? —preguntó él, asombrado.

—Sí. Hoy es el día de fiesta de la servidumbre...

Bueno, mi mayordomo y mi cocinera, no vayas a creer que tengo docenas de criados. Viene una mujer a diario para las faenas de limpieza, pero, inevitablemente, el mayordomo y la cocinera tienen que salir dos veces por semana.

—Y se van juntos.

Clarissa le guiñó un ojo.

—Quizá les gusta —respondió—. ¿No quieres beber?

Russell tomó un trago. El alcohol puso calorcillo en sus venas.

Miró a Clarissa. Estaba más bella que nunca. La *negligée* que vestía era muy vaporosa y la escultural figura que cubría se silueteaba perfectamente al cambiante contraluz de las llamas de la chimenea.

—Clarissa, no sé qué decirte —habló Lynn al cabo de unos minutos—. Yo te agradezco infinito esto que haces por mí...

—¿Necesitas un empleo? —preguntó ella.

—Ya lo has visto —contestó el huésped, con amargo acento de frustración.

—Está bien, quizá yo pueda conseguirte ese empleo, pero ahora hablemos de otras cosas. La primera de ellas puede ser la feliz casualidad de nuestro encuentro.

—No podría quejarme de ninguna manera —sonrió él—. Te seré franco; hacía una hora escasa que había gastado mis últimos chelines en cenar.

—¿Es posible, Lynn?

—Como lo oyes, Clarissa.

—Tenías muchos amigos, creo recordar.

Russell lanzó una risa amarga.

—Se evaporaron junto con mi dinero —contestó—. No voy a culpar a nadie de mi fracaso; soy lo suficientemente sincero para reconocer que todo ocurrió por mí culpa. Pero a más de uno ayudé yo, que luego no...

—Dejemos este tema desagradable, Lynn —le interrumpió ella—. Te has encontrado conmigo y esto es lo que verdaderamente importa.

—¿Vas a darme algún empleo?

Clarissa se sentó y adoptó una lánguida postura en el diván cercano a la chimenea.

—Ven a mí lado —solicitó.

Russell permaneció inmóvil unos segundos.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

—Estaba mirando... Tu difunto esposo era hombre de buen gusto.

—¿Lo dices por mí o por la casa?

—Por ambas cosas. Tengo entendido que John era una especie de *dilettante* de la criminología, ¿no es así?

—Cierto. Él no hubiera tenido necesidad de trabajar, pero su afición le llevó a conseguir un día el puesto de superintendente en Scotland Yard.

—Te dejó bien situada económicamente —observó.

—No puedo quejarme —sonrió Clarissa—. Pero no solo vivo de rentas. También trabajo en...

La mujer se interrumpió de pronto. Respiraba larga y hondamente, tratando de hacer que los ojos del hombre se fijasen en sus innegables encantos corporales.

—Algún día te diré en qué consiste mi trabajo, Lynn —dijo, tras una corta pausa—. Pero ahora, ven... ven...

Russell era un hombre joven y bien parecido. Aún no había cumplido los treinta años. Captó la llamada y la obedeció.

Más tarde, Clarissa, tendida sobre las pieles que había ante la chimenea, le acarició el pelo suavemente. La cabeza de Russell descansaba sobre su regazo.

—Mi trabajo consiste en obtener informes —dijo—. Muy reservados, por supuesto, pero no vayas a creer que soy una chantajista. Ya te explicaré más adelante, Lynn; ahora, de momento, te prestaré una pequeña suma, para que puedas rehacerte y alquilar un piso. Te daré un sueldo mensual y tú me ayudarás a conseguir esos informes.

—Has dicho que no servirán para chantajear a la gente.

—No, esos informes no se utilizarán para sacar dinero a nadie —recalcó la mujer.

La trampa estaba preparada. Harry Deltan se retiró sin que nadie hubiese advertido su presencia.

El ocupante del piso llegó un par de horas más tarde. Robbyn Mitchar abrió la puerta y se quitó el sombrero, sacudiéndolo ligeramente antes de cruzar el umbral.

Maldijo el tiempo. Londres era un asco durante el invierno.

—En realidad, es un asco todo el año —rezongó, mientras se desprendía del impermeable.

Cerró la puerta y se dirigió hacia la chimenea. Estaba apagada y la encendió. Mientras los troncos empezaban a arder, se encaminó al cuarto de baño.

Abrió el grifo del lavabo. El agua humeaba.

Olía de un modo raro. Mitchar sintió una extraña opresión en los pulmones.

Tosió. Le entraron ganas de vomitar. Un fuerte espasmo agitó su estómago.

Seguía saliendo humo del lavabo. Mitchar quiso dar media vuelta, pero las fuerzas le fallaron repentinamente y cayó al suelo.

Aun así, pudo arrastrarse unos pasos. Lo veía todo rojo, muy rojo. El suelo, el techo, las paredes... todo tenía color escarlata vivísimo. Pero, de pronto, se oscureció y se hizo negro.

El cuerpo de Mitchar sufrió todavía un par de convulsiones. Luego se quedó quieto.

Los periódicos publicaron la noticia de su muerte al día siguiente. Robbyn Mitchar había sido envenenado con cianhídrico, el gas mortal usado en la cámara de ejecuciones de San Quintín, en California.

La policía investigaba la forma en que Mitchar había sido gaseado. Deltan sonrió satisfecho. Sí, acabarían por averiguarlo, pero nunca sabrían que él lo había hecho.

Esperó durante toda la tarde. Al filo de las ocho de la noche, sonó el teléfono.

—Deltan —dijo lacónicamente.

—He leído los periódicos —manifestó la mujer.

—Perfecto, ¿no?

—Muy bien realizado. Recibirá el premio habitual.

—Gracias, señora.

La comunicación se cortó. Deltan, sentado en su sillón, juntó las yemas de los dedos.

¿Quién era ella? se preguntó una vez más.

El desconocido que le había visitado años atrás, solo le había hecho un

encargo. Los seis restantes, más el relativo a Mitchar, procedían de la mujer.

Deltan empezó a bucear en su mente. El desconocido había hablado de que tenía pruebas contra él. Incluso le había entregado la fotografía del reloj de su esposa. Podía hacerlo porque, resultaba obvio, habría guardado el negativo.

Aquella fotografía solo podía haberla tomado alguien que, en su día, tuvo acceso al lugar donde había aparecido la víctima.

¿Un policía? se preguntó.

Forzó la memoria. ¿Quién había dirigido la investigación policial?

Una tenue sonrisa se dibujó de pronto en sus labios. ¿Era posible? se preguntó, creyendo haber dado con la solución.

Para preciarse a sí mismo, por el hallazgo que creía haber hecho, se sirvió una copa doble. Mientras saboreaba aquel exquisito coñac francés, pensó en que debía actuar con mucha prudencia, con infinita prudencia.

Porque de otro modo, no obtendría los resultados que esperaba conseguir.

CAPÍTULO III

La chica estaba espléndidamente conformada y, en aquel radiante día de primavera, lejanas ya las frías brumas invernales, parecía una Diana cazadora, aunque sin arco ni flechas. Caminaba tan aprisa, que no se dio cuenta del hombre que lo hacía en sentido contrario y tropezó con él.

La muchacha vaciló. El hombre, sorprendido, dio un traspié.

Ella alargó los brazos para no caer. El hombre hizo algo parecido.

Se agarraron y todavía vacilaron un poco más. Al fin, él, sonriendo, dijo:

—Estamos bailando sin música, señorita.

—Lynn, siempre tuviste un oído catastrófico, pero no sabía que fueses tan miope —exclamó ella.

—¡Rayos! ¿Me conoces? —se asombró Russell.

La chica sonrió.

—Han pasado seis años desde la última vez que nos vimos. ¿Tan cambiada estoy? —contestó.

Russell la contempló embobado.

—Cambiadísimas —dijo—. No pareces, eres otra. Ketty Spaddock. Pero, claro, han pasado ya seis años... Entonces tenías dieciocho si mal no recuerdo...

—Tu memoria es tan horrible como tu vista y tu oído —le reprochó ella—. Tenía diecisiete, y recién cumplidos, Lynn.

Russell se pegó una palmada en la frente.

—La razón es tuya, Ketty —admitió—. Discúlpame, pero iba distraído y no reparé...

—La culpa es mía, Lynn. Yo era la distraída... y, a decir verdad, tengo motivos —suspiró Ketty.

—¿Te ocurre algo malo? ¿Puedo ayudarte? —se ofreció él.

Ketty le miró fijamente.

—Tú lees los periódicos, supongo —dijo.

—Claro, aunque no lo referente a política. No me interesa.

—Bien, en ese caso, te habrás enterado de la muerte de Robbyn Mitchar.

—Sí, leí algo al respecto...

—Fue asesinado y no se ha encontrado al asesino, Lynn.

—Aparecerá, no lo dudes —aseguró él—. Scotland Yard no suele fallar y... Pero, ¿por qué no tomamos una taza de té? ¿Tienes mucha prisa?

—Ninguna —sonrió Ketty—. A decir verdad, me alegro de haberme

encontrado contigo.

Poco más adelante, entraron en un *pub*. Sentados frente a frente, a ambos lados de una mesa, consumieron la primera taza de té.

—¿Por qué te preocupa tanto la muerte de Mitchar, Ketty? —preguntó él al cabo de un rato.

—Mi madre se llama Mitchar, Lynn —contestó la chica.

—Oh, no lo sabía. Lo siento, Ketty.

—Yo no lo siento demasiado. Tío Robbyn no se portó nunca demasiado bien con nosotros. Era orgulloso y déspota. Se creía un jefe de tribu y había desaprobado por completo el matrimonio de mi madre. Yo creo que mi madre tenía derecho a casarse con el hombre a quién amase, ¿no es cierto?

—Indudablemente, Ketty.

—Tío Robbyn era muy rico. Pero yo sospecho que parte de su dinero era nuestro, es decir, de mi madre.

—Ahora, tu madre será heredera...

—El testamento de su hermano no la menciona para nada.

—Oh, lo lamento, Ketty.

—Tío Robbyn dejó todo su dinero a sus primos Margaret y Lucius Mitchar. Eso es algo que no se me ocurriría discutir siquiera; a fin de cuentas, el dinero era suyo. Pero me desagrada que no se acordase de mi madre en el testamento. Además, parte del dinero pertenecía a los dos hermanos y cuando mi madre se casó, él no quiso darle lo que le correspondía.

—Puedes impugnar el testamento...

—Sería un procedimiento demasiado largo, Lynn.

—Entonces, no veo qué solución puedes dar al asunto, Ketty. ¿Dejó mucho dinero tu tío?

—Margaret y Lucius van a recibir, una vez hechos los trámites legales y abonados los impuestos y derechos correspondientes, casi un millón de libras esterlinas.

Russell silbó.

—No tendrán que pedir limosna, ciertamente —comentó.

—Lo que tendrán que pedir es clemencia, si yo logro demostrar que contrataron a un asesino, para convertirse en herederos de su primo Robbyn —dijo Ketty con firme acento.

* * *

Reynolds, el mayordomo, abrió la puerta y se permitió el lujo de una ligera sonrisa al reconocer al visitante.

—Pase, señor —invitó con toda cortesía—, la señora está en su saloncito privado.

—Gracias, Reynolds —dijo Russell.

Atravesó la sala y abrió la puerta de la salita. Clarissa estaba sentada en una butaca y se puso en pie al verle.

—Hola —saludó con cálida sonrisa.

Russell la contempló un instante. Ella vestía una especie de blusa negra, muy ajustada a su torso de firmes curvas, y pantalones negros del mismo color, con faja plateada que iba desde la cintura a los tobillos. El pelo, brillante como una masa de hilos de oro, estaba peinado en un vago estilo faraónico, que la hacía aún más atractiva.

—¿Qué miras? —preguntó Clarissa, al darse cuenta de la contemplación del hombre.

Russell suspiró.

—Hay mucho que mirar, ¿no crees? —contestó maliciosamente.

—¿No te cansas, Lynn?

—Verte a ti es algo que no cansa nunca, sino todo lo contrario.

Russell avanzó hacia ella y la abrazó con fuerza. Las dos bocas se confundieron en un ardiente beso.

Al cabo de unos momentos, se separaron. Ella se atusó ligeramente el pelo, mientras Russell preparaba bebidas.

—Ya tengo los informes —dijo.

—¿Sí? Interesante, querido.

—En efecto, es algo interesante. Al menos, para ti, aunque no comprenda los motivos de tu interés.

Clarissa se le acercó y le dio un cariñoso cachetito en la mejilla.

—Hay gente a la que le interesan cierta clase de informes y que pagan bien —dijo—. Lo que esa gente haga después con los informes no nos importa en absoluto, Lynn.

—Si tú lo dices...

A veces, Russell pensaba que lo que hacía para ganarse el sueldo que le daba Clarissa no era del todo honesto, si bien tampoco encontraba nada que fuese en contra de la ley. Pero, sin trabajo y sin dinero, no tenía tampoco otra opción.

—Lo digo y no debes preocuparte de ello —Clarissa se sentó atravesada en un sillón y colocó las piernas sobre uno de sus brazos—. Habla, querido.

—Tiene tres millones, por lo menos. Salud a prueba de bombas, a pesar de sus sesenta y cuatro años. Hace poco se hizo un chequeo general en un acreditado centro médico. Los resultados, salvo algunas minucias, propias de la edad, fueron óptimos. A los herederos les va a salir barba, esperando ese dinero de su pariente —informó Russell, con una risita final.

—¿Muchos herederos? —preguntó ella.

—Tres: hermana menor y dos hijos. Situación económica, regular. Ella

no trabaja y los hijos... Bueno, lo detestan, porque les ha señalado una asignación mensual que estiman miserable.

—¿Has hablado con alguno de ellos?

Russell tragó saliva.

—Vaya papelito que me ha tocado desempeñar —se quejó.

—¿Por qué, Lynn?

—La señora Horton trata de mostrarse apasionada como en sus buenos tiempos. Hombre, mirándola un poco de lejos, aún tiene cierto atractivo, pero la cosa cambia cuando se la mira de cerca.

—Y tú has tenido que mirarla de cerca —rio Clarissa.

—Si quería obtener los informes, tenía que hacerlo. Vamos, esa buena señora, con dos hijos ya talludos... se portaba como una veinteañera con ganas de pescar marido.

—Te daré la medalla de héroe de las pesquisas —exclamó ella, sin dejar de reír—. ¿Qué más, Lynn?

—Por supuesto, no iba a fiarme solo de los informes de Nancy Horton. También he conseguido hablar con los hijos, aparte de que he visto a otras personas. Las cifras sustanciales, tres millones, y el magnífico estado de salud de Marphy Kindlare, coinciden.

—Muy bien. ¿Podrás redactarme luego, o mejor mañana, un informe con el máximo de detalles?

—Por supuesto —contestó Russell.

Clarissa extendió los brazos.

—Entonces, ven, voy a premiarte, quitándote el mal sabor de boca que te han dejado las entrevistas con Nancy Horton —dijo.

—Un horrible mal sabor de boca —recalcó él, mientras avanzaba hacia la mujer.

* * *

Russell llamó a la puerta. Ketty Spaddock abrió a los pocos momentos.

—Hola, Lynn —saludó la chica alegremente—. No sabes cuánto cerebro que hayas venido.

—Me llamaste y no podía ser descortés —respondió él—. Aunque, la verdad, me pareció notar cierta urgencia en tu voz...

—En cierto modo, así es —corroboró Ketty—. Siéntate por ahí, voy a preparar el té.

Russell se dirigió a un sillón y encendió un cigarrillo. Se preguntó por los motivos que habían impulsado a Ketty a llamarle.

Ella vino a poco con el carrito de té. Sirvió las tazas con rapidez y se sentó frente a él, con las rodillas juntas.

—Tú recuerdas la muerte de mi tío, Lynn —dijo después de la primera

taza.

—Sí, desde luego.

—Lo asesinaron con cianhídrico.

—Un crimen perfecto, puesto que no se ha conseguido saber quién es el asesino. El cianhídrico estaba a presión en una cápsula escondida en el desagüe del lavabo. Al inclinarse para lavarse las manos, aspiró las primeras bocanadas...

—Se mareó, perdió el sentido y rodó al pie del lavabo. Y como no pudo escapar del bayo, allí se quedó.

—Exactamente —convino Russell—. Ahora bien, tú me dijiste que había un pleito de herencia...

—No puede haberlo, puesto que mi tío no mencionó a mí madre en su testamento.

—Y tú quieres...

—Lo que yo quiero es encontrar al asesino, Lynn. El dinero no me importa en absoluto, ni a mí madre tampoco. Pero ya te dije que sospecho que Margaret y Lucius contrataron a un asesino, para heredar a mí tío.

—Sí, lo dijiste, aunque, ¿quién lo prueba?

—Lynn, ¿qué te parece si lo intentásemos nosotros? Russell pegó un salto en el asiento.

—Pero, Kitty...

—¿Quieres ayudarme o no? —preguntó ella, tajante.

—Mujer, es que...

—Creí que eras mi amigo, Lynn —dijo la chica, decepcionada.

—Un momento, por favor; no te precipites en los juicios. ¿Qué clase de ayuda quieres?

—Te arruinaste en los negocios. ¿En que trabajas ahora?

Russell vaciló un poco.

—Una agencia de informes —contestó finalmente. En realidad, podía dar aquella respuesta, sin comprometerse demasiado.

—¡Estupendo! —dijo Kitty—. Es justo lo que yo necesitaba.

—Pero, muchacha...

—Lynn, ¿tú podrás hacer investigaciones privadas para mí? Quiero decir después de tu horario normal de trabajo, por supuesto.

—Si tanto empeño tienes, trataré de hacerlo, en efecto.

—Gracias —sonrió ella—. Sabía que no me defraudarías. ¿Otra taza de té?

—Lo que tomaría mejor es un buen trago —rezongó él.

—Te complaceré en el acto —exclamó Kitty alegremente.

—Bueno —dijo Russell, mientras la chica preparaba la bebida—, pero, ¿con qué base empiezo yo a investigar?

—A mi tío le pusieron una trampa mortal en el lavabo.

—Sí, Ketty.

—Se sabe que fue un supuesto fontanero el que estuvo en su casa, mientras él se hallaba ausente. El conserje del edificio vio incluso la furgoneta del fontanero. La policía investigó, pero las pistas resultaron falsas.

—Lógico. La furgoneta llevaría el nombre de una agencia o taller inexistentes.

—Así es —confirmó Ketty, sentándose de nuevo frente a él—. Es fácil: letras de tejido de plástico adhesivo, que luego se arrancan, y pintura de otro color y una matrícula falsa, pero el supuesto fontanero cometió un error.

—Dímelo, Ketty.

Los ojos de la muchacha brillaban.

—He vuelto a hablar con el conserje. Le he hecho hacer verdaderos esfuerzos de memoria. Al fin ha conseguido recordar un detalle que se le pasó entonces desapercibido.

—¿Sí?

—En la furgoneta faltaba un trozo del parachoques delantero, como de unos treinta centímetros de largo, en el extremo de la derecha.

—Pero, mujer, la muerte de tu tío ocurrió hace meses... Ese desperfecto ha sido reparado de sobra, incluso por el propio interesado. Con comprar un parachoques nuevo y una simple llave inglesa, yo mismo...

—Cierto, incluso admito que lo hizo el propio asesino. Pero tuvo que comprar el parachoques nuevo poco después del crimen.

—Y tú quieres que yo investigue en las tiendas de repuestos. En Londres, que debe de haber cientos de miles...

—No seas exagerado. Además, ¿quién tiene prisa? Aunque tardase un par de años, el crimen no habría prescrito y sus instigadores serían castigados que es, justamente, lo que yo deseo —manifestó Ketty una vez más.

CAPÍTULO IV

La libreta de Russell iba llenándose de nombres y direcciones. Cada día, por lo general, preguntaba en dos o tres tiendas de repuestos, tras haberse trazado un plan de investigación, mediante una guía del ramo. Pero día tras día, recibía siempre la misma respuesta:

—No sabemos... No hemos visto nada... No vendimos en aquellas fechas...

Russell no se desanimaba. Ketty le había dicho que no tenía prisa y él, naturalmente, menos. Mientras tanto, hacía otras investigaciones por cuenta de la señora Hulme.

Así transcurrieron dos meses largos.

—No sé si algún día conseguiremos algo —dijo, una tarde que había ido a visitar a Ketty.

—Es preciso ser paciente, Lynn —aconsejó ella—. Toma ejemplo de mí.

—Ya veo, pero, ¿no te desanimas?

—¿Cuántas tiendas has recorrido?

—Oh, yo diría que unas sesenta.

—Hay talleres de reparación en donde también tienen las piezas nuevas.

Russell se llevó las manos a la cabeza.

—¡Ketty! ¡Eso eleva al infinito el número de lugares que he de visitar! —se espantó.

Ella le dirigió una dulce sonrisa.

—¿Te asustas? —preguntó.

—Mujer, yo... Bueno, como no hay prisa...

—Por cierto —dijo Ketty de pronto—, ¿cuánto has gastado hasta ahora? Te pusiste a trabajar y ni siquiera mencionamos la cuestión económica.

—Trabajo para una buena amiga —contestó él.

—Mira, Lynn, la amistad a un lado y los negocios a otro. Has tenido gastos y lo menos que puedo hacer yo es reembolsártelos.

—Pero tú puedes necesitar ese dinero, Ketty.

Ella le hizo un alegre guiño.

—No estoy tan mal como supones —dijo—. Aparte del sueldo que me gano, tengo mis ahorrillos y algunos miles en el Banco. Mamá me cedió la mitad del seguro de vida de mi padre, como una especie de dote.

—Tu madre trabaja, supongo.

—Sí, continúa con la tienda en Hampdlare. El negocio marcha bien y no hay por qué dejarlo, máxime cuando ella goza de una salud estupenda.

—Lo celebro, Ketty.

Ella vino al poco rato con un fajo de billetes en la mano.

—Doscientas cincuenta libras —anunció—. Por lo menos, quiero pagarte la gasolina y los zapatos que gastas haciendo esas investigaciones por mí cuenta.

* * *

Mientras preparaba la trampa mortífera, Harry Deltan se preguntó por qué los dos últimos trabajos tenían que ser realizados en Londres. Su «patrón», en la primera entrevista, le había dicho que debía estar dispuesto a marchar a cualquier parte del mundo, si era necesario. Pero, salvo dos viajes a París y otro a Ámsterdam, no había vuelto a moverse de las Islas Británicas.

Pero ello se debía, indudablemente, al cambio de orientación adoptado por la «patrona». Y, bien mirado, ¿qué más daba, si era puntual en los pagos?

Terminó su tarea y se marchó, sin conceder un solo pensamiento al hombre a quién había condenado a muerte, por encargo de otra persona que, a su vez, obedecía las órdenes de otras.

Murphy Kindlare llegó aquella noche a su casa y realizó todas las acciones que tenía por costumbre en un día normal: baño, cambio de ropa, un *whisky* como aperitivo, cena, servida por su impasible mayordomo, una copa de Oporto y un habano y, finalmente, a las once de la noche, viaje al dormitorio.

Se desvistió y se metió en la cama. Leyó durante unos treinta minutos y, al fin, dejó a un lado el libro y los lentes. Luego alargó la mano y tiró del cordoncillo que accionaba el interruptor de la lámpara.

Un tenue chorrito de gas salió por la parte alta de la columna que sustentaba la pantalla. Kindlare aspiró el gas un par de veces y, casi en el acto, se quedó dormido.

Treinta segundos más tarde, el gas que salió de la lámpara era cianhídrico. Kindlare no se enteró de que moría.

* * *

Clarissa Hulme se retocaba el pelo frente al espejo de su tocador. Sentado en una butaca, Russell leía el periódico.

De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Caramba!

—¿Qué sucede, querido? —preguntó Clarissa.

—Kindlare. Ha sido asesinado.

Ella se volvió un poco en su taburete.

—Sorprendente —calificó.

—Lo sorprendente es que el asesino haya empleado el mismo procedimiento que para matar a Mitchar —dijo Russell.

—¿Cómo? ¿Estás enterado del asesinato de Mitchar?

—Mujer, lo leí en los periódicos hace tiempo. Además, conozco a su sobrina.

—¡Qué interesante! ¿Es bonita?

—Bueno, una chica de veinte o veintidós años, no suele ser nunca fea —sonrió él.

—Seguramente, estuvisteis comentando la muerte de su tío.

—Pues... sí, algo hablamos sobre el particular, es lógico. Ten en cuenta que somos del mismo pueblo y aunque le paso cinco o seis años, nuestras familias estaban bien relacionadas y nos veíamos a diario, hasta que yo me vine a Londres.

—Comprendo. No sabía que Mitchar tuviese una sobrina... ¿Cómo has dicho que se llama?

—No te lo he dicho. Su nombre es Ketty Spaddock. Al parecer, la hermana de Mitchar se casó con un hombre que no era del gusto de su hermano y eso es algo que no pudo digerir durante el resto de sus días.

—Siempre hay tipos irrazonables —sonrió Clarissa.

—Mitchar no les dejó nada en su testamento. Le duró el rencor mientras vivió.

—A los tipos así, deberían fusilarlos. Bueno, a él ya le dieron su merecido.

Clarissa terminó de retocarse y se puso en pie.

—¿Me acompañas, querido? —solicitó.

—Estoy un poco cansado. Además, vas a asistir a una fiesta en la que tendría que encontrarme con algunos tipos que me volvieron la espalda cuando los necesitaba. No quiero sentar las bases para una posible úlcera de estómago.

Ella echó a reír y se inclinó para besarle.

—Tienes razón, querido; si vinieras conmigo, te amargarías la noche —murmuró—. Quédate en casa si quieres, Lynn.

—Gracias, pero solo descansaré un momento. Luego me iré a dormir y pienso estar haciéndolo doce horas seguidas.

—¡Caramba! ¡Cualquiera diría que estás reventado de trabajar! —se sorprendió Clarissa.

Russell se dio cuenta de que había estado a punto de cometer una imprudencia. A Clarissa podía sentarle mal que hiciese investigaciones por cuenta de Ketty Spaddock. A fin de cuentas, Clarissa le daba un sueldo fijo

y podía molestarle que realizase algún trabajo para Ketty.

—Es que anoche no dormí bien —contestó evasivamente.

—Entonces, procura descansar. Hasta mañana, querido.

Clarissa salió a la calle. Parado en una esquina lejana, había un hombre, con el sombrero sobre los ojos y el cuello del gabán subido, pero ella no lo vio.

El mayordomo quedó en casa. Russell permaneció todavía unos minutos más y luego se despidió de Reynolds.

Media hora más tarde, un individuo llamó a la puerta de la residencia. Reynolds abrió y miró al individuo.

—¿Sí?

—Soy Cherry Maggomber —se presentó el sujeto.

—Oh, muy bien, señor Maggomber. Entre, por favor.

El visitante vestía impecablemente tipo trinchera y gorra de visera a cuadros. Cruzó el umbral y miró a derecha e izquierda.

—Vaya tienda para un *camping* —silbó admirativamente.

—Por aquí, señor, hágame el favor —rogó el mayordomo.

Reynolds condujo al visitante a la salita íntima de la dueña de la casa. Detrás de una fiel reproducción de un paisaje de Turner, había una caja de caudales.

—Esta es —indicó el mayordomo.

Maggomber se acercó a la caja fuerte y tocó con los nudillos una par de veces. Luego se echó aliento a las yemas de los dedos y se dispuso a hacer girar la ruedecilla de la combinación.

—No, no, señor Maggomber —dijo Reynolds—. Temo que usted no ha comprendido bien lo que yo deseo.

Maggomber miró sorprendido al mayordomo.

—Pero, bueno, ¿no quiere que le abra esta «lata»? —preguntó.

—En absoluto. Simplemente, deseo que me enseñe a abrirla —explicó Reynolds.

Hubo un momento de silencio. Luego, Maggomber emitió una sonrisa llena de malicia.

—Comprendo —dijo—. Usted, lo que quiere es «arramblar» solo con toda la «pasta».

—Señor Maggomber, lo que yo haga después de que usted me haya enseñado a abrir la caja fuerte, no es de su incumbencia. Pagaré el precio que me pida por su aprendizaje y no se hable más —respondió el mayordomo con helada cortesía.

Maggomber miró de hito en hito al hombre que tenía frente a sí.

—Aprender a abrir una caja como esa, solo con los dedos, no es cosa que se consiga en un día —dijo.

—No tengo ninguna prisa en conseguirlo. Señor Maggomber, ¿cuánto

vale una caja fuerte de la misma marca que la que tiene ante los ojos?

—Bueno, yo diría que unas doscientas cincuenta...

Reynolds sacó un fajo de billetes y lo entregó al visitante.

—Quinientas —dijo—. Para la compra de la caja y como anticipo de sus lecciones. Cuando ya la sepa abrir por mí mismo, le entregaré quinientas más. Obvio es decir que las lecciones tendrán lugar en su propio domicilio de usted, señor Maggomber, previa cita telefónica.

Maggomber sonrió.

—Antes de un mes, abrirá usted esa caja como si fuese una simple lata de sardinas —aseguró.

Aquella misma noche, Russell, a la mitad de su sueño, se despertó terriblemente sobresaltado.

Buscó a tientas el tabaco y encendió un cigarrillo en la oscuridad. ¿Qué extraños pensamientos le habían asaltado?

Clarissa le había hecho reunir informes sobre un tipo riquísimo, que luego había sido asesinado. Tres personas, entre ellas la madura y ardiente señora Horton, iban a beneficiarse enormemente de aquel crimen.

El Tesoro Público se llevaría un buen pellizco de la fortuna del difunto señor Kindlare, pero sus herederos no recibirían menos de millón y medio de libras, casi dos, con toda probabilidad.

Una muerte muy oportuna, se dijo, aunque si los herederos habían tenido algo que ver con ello, ¿quién lo probaba?

* * *

Al día siguiente, inesperadamente, tropezó con la primera pista.

El dueño de la tienda de repuestos contestó afirmativamente a las preguntas de Russell.

—Sí, en efecto, vino un tipo a comprar un parachoques —dijo, con el libro de ventas en las manos.

—Me interesaría conocer su nombre y su dirección —manifestó el joven.

—¿Es usted policía? —preguntó el comerciante.

—Investigador de Seguros —mintió Russell con todo descaro.

—Bueno, no hay nada malo en decirlo... Jimmy Smith, fontanero, Paddoll Lane, noventa y siete.

Russell frunció el ceño.

—Dígame su aspecto personal, se lo ruego —pidió.

—Oiga, ¿es que se trata de algo ilegal?

—Ese tipo le dio un nombre y dirección falsos, seguro.

El comerciante se encogió de hombros.

—No veo por qué tenía que hacerlo, puesto que cambiar un

parachoques estropeado no es nada ilegal. A menos que hubiese cometido un atropello, cosa que no creo.

—¿Por qué?

—Si se trata de un atropello mortal, siempre quedan abolladuras en el morro del vehículo. Y la furgoneta de Smith solo tenía el parachoques incompleto. Todo lo demás estaba en perfectas condiciones.

—Sí, es posible que tenga usted razón.

—Mire, Jimmy Smith era un tipo de unos cuarenta años, bien parecido, pelo castaño claro... Oiga, ese Smith, la verdad, no tenía aspecto de fontanero. Me pareció demasiado elegante para andar por ahí arreglando grifos.

Russell sonrió.

—Conocí a un profesor de Universidad que se dedicó a arreglar grifos, porque ganaba más dinero que desasnando a sus alumnos —contestó.

—Sí. Hay gente para todo, pero, aun así... Escuche, ahora lo recuerdo bien, porque Smith ha vuelto por aquí un par de veces más, para comprarme pequeños repuestos. En el lado izquierdo de la barbilla tiene una cicatriz vertical, muy fina, de unos dos centímetros de largo. Es la cicatriz clásica que queda en la mandíbula de todo chiquillo que corre, cae y se da de bruces contra el suelo, pero en el suelo hay una piedrecita y... Algunos se parten un diente y a otros hay que darles un par de puntos de sutura. Usted me comprende, ¿no es así?

Russell sonrió afirmativamente. Luego, como para recompensar al sujeto, le compró un par de adminículos para el coche, que maldita la falta que le hacían.

Finalmente, se despidió de él, entregándole una tarjeta:

—Si el señor Smith aparece de nuevo por aquí, haga el favor de telefonarme. Pero no le diga nada a él, por favor —rogó.

El comerciante asintió. En su fuero interno, pensó que el elegante joven que le había visitado era un investigador privado. Tal vez, se dijo, andaba reuniendo informes de Jimmy Smith y, con toda seguridad, alguna mujer casquivana andaba de por medio en el asunto. Por cierto, ¿dónde había visto él la cara de Smith antes de tenerlo como cliente?

CAPÍTULO V

—Tenemos ya la primera pista —informó Russell.

—Después de tantos meses, casi ni me lo creo —sonrió Kitty, mientras llenaba las copas.

—Tú misma dijiste que no había prisa. Lo único que querías era obtener resultados.

—Y así es, Lynn —Kitty levantó su copa—. Por la primera pista que hemos obtenido. Perdón, debo decirlo en singular; todo lo has hecho tú.

—Es lo mismo —sonrió él—. Bueno, ahora ya sabemos que Smith es el fontanero que arregló los grifos del baño de su tío. Pero, ¿cómo probar que introdujo el cianuro en el lavabo?

—Marphy Kindlare ha muerto por un procedimiento muy parecido.

—Sí, a partir de ahora va a ser cosa de abrir el grifo del lavabo con unas pinzas de dos metros de largo.

—O con una máscara antigás puesta.

—Entonces no te podrías lavar la cara —rio él.

—Esto no es cosa de risa, Lynn —dijo Kitty, muy seria.

—Ya sé. Era solo un comentario. Pero, volviendo al mismo tema, aunque localicemos al tal Smith, ¿cómo probar que él lo hizo?

—El dueño de la tienda de repuestos te dio una dirección.

—Es falsa. Paddoll Lane no existe.

—¿Y no se dio él cuenta de que era una dirección falsa?

—Kitty, ¿podrías tú decir que Paddoll Lane no existe a primera vista? Hay miles de calles en Londres; ni siquiera el dueño de la tienda, que ha nacido aquí, podría decir una cosa semejante, sin consultar una guía.

—Pero pudo haber comprobado las señas...

—¿Para qué? Fue un pago al contado. La anotación fue por pura rutina.

—Sí, ya entiendo. Entonces, solo tenemos como pista su cicatriz y que es un hombre de unos cuarenta años, bastante distinguido y que no parece un fontanero.

—Exactamente. Además, el nombre de la empresa que aparecía en los costados de la furgoneta es también falso. No existe esa empresa de reparaciones.

—Indudablemente, es un tipo hábil —comentó Kitty.

—Como debe ser, claro. Se trata de un asesino profesional y tiene que hacerlo sin dejar el menor rastro.

Kitty se estremeció.

—¿Pueden existir personas que matan por dinero? —murmuró—. Oh,

yo no me refiero al que comete un crimen en un momento de arrebato, por conseguir una cierta suma de dinero, sino al que se gana la vida de ese horrible modo, Lynn.

Russell tomó un trago de su copa.

—Tu tío poseía unos dos millones de libras y una salud magnífica —contestó—. Kindlare estaba en las mismas condiciones, aunque con un millón más. Quizá había unos herederos impacientes, ¿comprendes?

—Margaret y Lucius, en el caso de mi tío... ¿Habrán sido capaces de pagar a un asesino profesional para conseguir la herencia?

El joven suspiró.

—Querida, eso es algo que solo el señor Smith nos lo podría decir, pero me temo que no solo le costaría mucho decirlo, porque, lógicamente, no le conviene, sino que es a nosotros a quienes les costará mucho encontrarlo —respondió con acento que no tenía nada de optimista.

* * *

El señor Smith usaba solamente aquel nombre en determinadas circunstancias. Corrientemente, se llamaba Harry Deltan.

Estaba sentado en su casa. El teléfono había sonado un par de veces, pero Deltan no había contestado a las llamadas.

Sonreía cada vez que sonaba el timbre del teléfono. Se puso serio cuando alguien llamó a la puerta de la casa.

Deltan se levantó y abrió. Miró un instante al sujeto que había ante el umbral y luego se apartó.

—Pase —dijo.

Al Pwin se quitó el sombrero y permaneció expectante en el centro de la sala. Deltan llenó dos copas y le ofreció una.

—En estos momentos está usted sin trabajo —dijo Deltan, después de una pausa destinada a saborear el licor.

—Bueno, tanto como sin trabajo...

—Sin trabajo —recalcó Deltan—. ¿Tiene reloj? —preguntó de súbito.

—Sí, claro.

—Todavía no lo ha empeñado —rio el asesino—. Lo celebro mucho, Al. El reloj será muy importante para los dos.

—Bien, pero aún no me ha dicho qué es lo que quiere...

Deltan le entregó un papel.

—Léalo y apréndase esas dos direcciones de memoria —indicó.

Transcurrió un minuto. Al cabo de ese tiempo, Deltan recobró el papel.

—En la segunda dirección, alquilará usted el segundo piso, una de cuyas ventanas da precisamente al edificio de enfrente. Ya lo he investigado y anunciado por teléfono que hoy mismo iré a alquilarlo. He

dado su nombre, por supuesto.

Pwin miró inquisitivamente a su interlocutor.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Su salario será de tres libras diarias —continuó Deltan. Sacó un pequeño fajo de billetes y se lo entregó—. Ahí tiene el dinero del alquiler y el sueldo de las dos primeras semanas. Lo único que tendrá que hacer es vigilar la casa de enfrente.

—¿Nada más?

—Espere, hombre.

Deltan se acercó a una mesita y tomó unos prismáticos, que pasó a su visitante.

—Simplemente, deberá tomar nota de la hora en que la dueña de dicha casa emplea el teléfono y, a ser posible, el tiempo que permanece hablando. ¿Entendido?

—Sí —respondió Pwin.

—En el piso que usted va a alquilar, hay teléfono. Tenga en cuenta que deberá permanecer vigilando desde las doce del mediodía hasta que se apaguen las luces de la casa. Ella no madruga, ¿comprende?

—Desde luego. Un momento, déjeme repasar las direcciones de nuevo.

Pwin lo hizo así. Claramente, se daba cuenta de que el hombre que tenía frente a sí no quería entregarle el papel, porque una muestra de su escritura podía comprometerle. Pero tampoco le importa demasiado.

—Está bien —dijo un minuto más tarde—. Eso es todo.

—Adiós, señor Pwin —se despidió Deltan cortésmente.

Ahora, se dijo al quedarse solo, podría corroborar sus sospechas.

Si las horas y los tiempos coincidían, entonces ya tenía una base firme para atacar. Cobraba un buen sueldo y unas primas suculentas por cada trabajo, pero quería una tajada mayor del pastel que, sin duda, recibía la bella señora Hulme cada vez que le daba la orden de actuar.

* * *

Una chispa de alegría apareció en los ojos de Nancy Norton cuando le anunciaron a su visitante. Salió a recibirle y se colgó de su brazo con cierto lánguido abandono, deliberadamente estudiado para la ocasión.

—Eres un ingrato —le reprochó—. Te he llamado unas cuantas veces y tú no te has dignado siquiera contestarme...

—Nancy, yo trabajo; eso es algo que tú debieras tener en cuenta —contestó Russell.

—¿De veras trabajas?

—¿Crees que me regalan la comida solo por mí cara bonita?

Ella se echó a reír.

—Si de mi dependiera... Pero, dime, ¿qué te parece mi nueva casa? —preguntó orgullosa.

Estaba montada con un horrible mal gusto, aunque a ella debía de gustarle muchísimo, pensó el joven.

—Encantadora —mintió. Digno marco para la mujer que tenía frente a sí, haciéndole dengues y mohines como una jovencita a la caza de marido.

El vestido contenía difícilmente la pomposa silueta de Nancy Horton, sin que la faja consiguiese mejorar su silueta apenas. Russell calculó que la mujer debía de gastarse sumas enormes en potingues para el cutis, saunas y masajes, pero nada podría reparar ya los estragos de la edad. Retrasar un poco los desastres corporales y fisonómicos, tal vez, pero nada más.

—Sí, ya me imagino que ahora su situación es muy distinta —dijo—. ¿Puedo felicitarte, Nancy?

—¿Por qué no? —rio ella—. Tío Marphy nos ha dejado en una magnífica situación. Claro que todavía faltan algunos trámites, pero el Banco nos ha adelantado ya una generosa suma. Bueno, Lionel y Keith vuelan por su cuenta y es lógico, puesto que el mayor ha cumplido veintidós años...

—¡Veintidós años! —exclamó Russell—. Nadie lo diría, Nancy. Viéndote a ti, uno no se explica cómo puedes tener unos hijos tan crecitos.

—Tonto, es que yo me casé a los dieciséis años. Todavía no he cumplido los cuarenta y, como ves, me conservo todavía bastante bien.

«Mientes, tus cuarenta se pierden... en la noche de los tiempos», pensó Russell.

Pero continuó sonriendo.

—Indiscutiblemente, todavía haces volver la cabeza a la gente —comentó—. Ahora, sin embargo, debes de tener mucho cuidado. Eres una mujer rica y no faltarán los tipos que traten de aprovecharse de la situación.

Nancy le guiñó un ojo.

—Soy más lista de lo que parezco —contestó—. El tipo que quiera conseguir dinero de mí, se llevará un chasco. Por cierto, aún no te he invitado a beber. ¿Qué prefieres, Lynn?

—A tu gusto, Nancy.

Russell contempló a la madura mujer, mientras ella preparaba dos explosivas combinaciones. ¿Había contratado Nancy a un asesino profesional para tener ocasión de enriquecerse, sin necesidad de esperar veinte años o más? se preguntó.

—Oye —dijo de pronto—, ¿qué noticias tienes sobre el asesino de tu pariente?

—Ninguna —contestó ella, vuelta aún de espaldas—. ¿Por qué lo dices?

—Parece obra de un experto, un asesino profesional, ¿no crees?

Una copa cayó de repente al suelo y se quebró estrepitosamente.

—Oh, qué torpe soy —dijo Nancy.

Con el pie, empujó los trozos de vidrio bajo el aparador. Russell observó que las manos de la mujer templaban perceptiblemente.

Cuando se volvió hacia él, la vio muy pálida, aunque se esforzaba por sonreír.

—Querido, ¿para qué hablar de los muertos? —dijo ella forzosamente—. Todos nosotros apreciábamos muchísimo al pobre tío Marphy, pero ello no lo va a hacer salir de la tumba. Al menos, eso es lo que yo pienso.

—En lo cual estoy de acuerdo contigo —sonrió el visitante.

Una hora más tarde, Russell salió a la calle.

Respiró a pleno pulmón.

—Las cosas que tiene uno que hacer —se lamentó amargamente.

Pero ahora había adquirido la convicción, aunque no tuviese ninguna prueba, de que Nancy Horton y sus hijos, de algún modo, habían entrado en contacto con un asesino profesional.

El mismo que había asesinado a Robbyn Mitchar y, presumiblemente, a varias personas más, cosa que, con toda seguridad, no había resultado barato a los beneficiarios de tales «operaciones».

Pero, por otro lado, ¿qué podían importar unos miles de libras a quienes iban a heredar varios centenares de miles?

CAPÍTULO VI

El teléfono sonó de pronto. Deltan alargó la mano y dio su nombre.

—Hola —dijo la mujer.

—¿Algo nuevo, señora? —preguntó Deltan cortésmente.

—Reproches, Harry.

—¿Merezco algún castigo? ¿Lo he hecho mal?

—Hace un par de días que intento comunicar con usted, sin conseguirlo hasta hoy —se quejó ella.

—Lo siento, señora; he estado fuera. De cuando en cuando, creo, tengo derecho a un rato de esparcimiento.

—Sí, pero... está bien, dejémoslo. La queja principal se refiere a otra cosa. Monotonía, ¿comprende?

—¿Monotonía?

—Sí, hombre. ¿Es que no sabe variar de procedimiento cuando tiene que llevar una caja de habanos?

—Ah, ya caigo —sonrió Deltan—. Lo siento, es un método seguro...

—Pero la repetición puede resultar pernicioso. Es preciso emplear más la imaginación en el transporte de las cajas de habanos.

—Lo tendré en cuenta, señora. ¿Hay alguna operación en perspectiva?

—Por ahora, no. Le avisaré en el momento oportuno, Harry.

—Sí, señora.

Sonó un «click». Deltan sonrió mientras encendía un habano. Apenas si tuvo tiempo de aspirar la primera bocanada.

El teléfono sonó de nuevo.

Era Pwin.

—¿Señor Deltan?

—¿Al?

—El mismo, señor.

—Informe, Al.

—Ella levantó el teléfono a las diez, diecisiete minutos y algunos segundos exactamente. Estuvo usándolo durante tres minutos y cuarto. Colgó a las diez y veinte, casi a los veintiún minutos. Eso es todo.

—Magnífico, Al. Si le apetece, puede salir a tomarse una copa por ahí. Venga mañana a verme.

—Sí, señor.

Deltan dejó el teléfono de nuevo. Sonreía complacidamente mientras consultaba el reloj de Pwin y que el suyo coincidían con escasa diferencia de segundos.

—Bien, mí querida señora Hulme, ahora usted y yo nos veremos las caras —se prometió.

* * *

Clarissa dejó el teléfono y subió al primer piso. Lentamente, se desvistió y se metió en la cama.

Para entretenerse mientras Conciliaba el sueño, leyó una novela policíaca. Una hora más tarde, apagó la luz y se estiró lánguidamente en la cama. A los pocos momentos, dormía con toda tranquilidad.

Dos horas más tarde, Reynolds se asomó al dormitorio. En el profundo silencio de la noche captó la sosegada respiración de la durmiente.

Satisfecho, cerró de nuevo. Bajó a la planta y entró en la salita. La cocinera dormía también y no se despertaría; él se había cuidado muy bien de poner en la tetera una buena dosis de narcóticos. A la cocinera le gustaba mucho tomarse un par de tazas de té antes de irse a la cama.

Reynolds empezó a trabajar. Las enseñanzas del señor Maggomber habían dado su fruto.

Diez minutos más tarde, oyó el leve chasquido que le anunciaba el triunfo. Entonces sintió en la nunca el frío contacto de un objeto duro y metálico, de forma circular.

—No abra esa caja, Reynolds —sonó la voz de Clarissa.

El mayordomo se estremeció.

—Señora, yo...

—Hace cinco minutos largos que le estoy observando, Reynolds.

—La caja no está abierta. Si hay un dispositivo de alarma, no ha podido funcionar.

Clarissa rio suavemente.

—La alarma no está en la caja, sino en el cuadro, Reynolds, y no hace ruido. Simplemente, todas las luces de mi habitación empiezan a oscilar —explicó.

—Una alarma inteligentemente diseñada.

—Por mí difunto esposo, Reynolds.

—Al cual asesinó usted, señora.

—¿Por qué emplear una palabra tan vulgar, Reynolds?

—Señora, al principio yo no creí en la tesis del asesinato. Me extrañaba, porque no había grandes bienes de fortuna ni un amante al cual el difunto señor pudiera estorbar.

—Oh, habiendo servido en casa de un policía, usted aprendió a deducir —dijo ella irónicamente.

—Aprender cosas buenas siempre es útil, señora.

—¿Ha aprendido también a abrir cajas de caudales sin necesidad de

llave ni de conocer la combinación?

—Puesto que la caja está a punto de ser abierta, la respuesta es obvia.

—Bien, en tal caso, dígame qué esperaba encontrar ahí adentro, Reynolds.

—Dinero, señora, por supuesto.

—¿Cómo sabe que hay dinero?

—Murphy Kindlare ha muerto hace poco tiempo.

Hubo un momento de silencio.

Luego, Clarissa dijo:

—Sospecho que su aprendizaje de los métodos deductivos ha sido más intenso de lo que yo creía.

—En efecto, señora, y aunque sea largo de explicar, diré a la señora que, si bien carezco de pruebas concretas, estoy en condiciones de afirmar que ha intervenido en varias muertes violentas, de todas las cuales se han derivado grandes beneficios para usted. Y para las personas que le encomendaron esos asesinatos, por supuesto. Me ha costado años enteros, pero, al fin, conseguí averiguarlo todo. O, por lo menos, sospecharlo con un mínimo de posibilidades de error. El difunto señor Hulme inició el negocio, pero usted creyó oportuno desarrollarlo por sí sola.

—El difunto señor Hulme mantenía una amante, por la cual me iba a dejar un día u otro.

—No es cierto, señora. Si hubiera sido así, no se hubiera confiado con la señora...

—Olvida usted que yo le espiaba continuamente, pero esto es algo que no merece la pena ser discutido. Vamos a terminar de una vez, Reynolds.

—La señora, espero, no disparará su pistola —dijo el mayordomo.

—Lo siento, Reynolds, no puedo correr riesgos.

—Si dispara, hará ruido, señora.

—Reynolds, usted olvida que estuve casada con un alto oficial del Yard. Mi esposo podía disponer de cosas prohibidas al común de los mortales, entre ellos silenciadores para las pistolas.

El mayordomo sintió un escalofrío que le recorría la espalda.

—Pero mi cadáver...

—Esa será mi preocupación y no la suya, Reynolds —dijo Clarissa.

Bajó la pistola hasta el centro de la espalda y, sin separarla de la ropa, apretó el gatillo tres veces.

Reynolds se estremeció horriblemente. Clarissa dio un salto atrás, mientras él se desplomaba al suelo.

Clarissa torció el gesto.

—Va a poner el suelo perdido de sangre —se quejó, mientras el mayordomo se agitaba en las últimas convulsiones.

Russell oyó la llamada y cruzó la sala para abrir. Su sorpresa fue grande al verse ante Ketty Spaddock.

—¡Ketty! —exclamó.

Ella le dirigió una sonrisa amistosa.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—¡Pues claro! —contestó él, a la vez que se echaba un lado—. Perdona, pero me quedé tan sorprendido...

—Eso significa que no me esperabas.

—A decir verdad, no —Russell, galante, ayudó a la muchacha a despojarse del abrigo—. Te serviré algo de beber —indicó—. Tengo agua caliente para hacer té en un santiamén.

—El tiempo está frío. Añade al té unas gotas de brandy, aunque sea una irreverencia.

—Hay irreverencias que tienen un gusto delicioso —sonrió él.

Minutos más tarde, Ketty tomaba los primeros sorbos del té «cargado», que encontró muy de su agrado. Luego miró hacia la ventana y suspiró.

—Parece mentira, hace ya más de un año que nos encontramos y, en este tiempo, qué poco hemos adelantado —suspiró.

—No tan poco —contradijo Russell—. Algo hemos conseguido y, por otra parte, he de recordarte una vez más que tú dijiste...

—Sí, lo recuerdo perfectamente: no hay prisa. Pero ¿no tienes nada que contarme?

—En cierto modo, sí. Conozco bastante a Nancy Horton. Es uno de los tres herederos de Marphy Kindlare.

—¿Has hablado con ella?

—Perdóname que no te haya avisado antes. En realidad, no he podido.

—Has tenido trabajo.

—Sí, el de vigilar y seguir a la señora Horton, pero no he conseguido nada práctico en dos semanas, desde que le mencioné el asesinato de Kindlare.

Ketty adelantó el cuerpo instintivamente.

—¿Qué te dijo? —preguntó.

—Cuando lo mencioné, se le cayó una copa de las manos. Estaba muy pálida; no diré lívida, pero, vaya, poco le faltaba. El caso es que me convencí de que tenía algo que ver con el asunto, máxime cuando mencioné la posibilidad de un asesino profesional. Ciertamente, no dije nada, ni siquiera insinué la posibilidad de que ella tuviera algo que ver con el asunto.

—Solo querías estudiar sus reacciones —adivinó la chica.

—Sí, justamente.

—Y por eso la has seguido durante dos semanas.

—Sin resultado alguno, he de confesarlo —dijo él, desanimado.

—Bueno, por algo se empieza y, en medio de todo, no es mal principio. Ya sabemos, pues, que Nancy Horton contrató a un asesino profesional...

—Ella o sus hijos, o uno de los tres o los tres a la vez. Pero, como sea, lo hicieron con la anuencia de los tres, porque todos resultaban beneficiados con el testamento.

Ketty se pellizcó el labio inferior.

—Lynn, si tú quisieras hacer matar a una persona, ¿cómo buscarías a alguien que lo hiciera por ti? —preguntó.

—No lo sé, jamás he tenido necesidad de una cosa semejante.

—Alguien se dedica a matar gente por dinero —dijo la muchacha—. Lynn, yo no me refiero a tipos del hampa, ni a pandilleros, sino a otra clase de gente que actúa con mucha mayor discreción todavía y percibiendo sumas de notoria importancia. ¿Quién es ese asesino profesional?

—Ya te lo he dicho: se llama Jimmy Smith y pretende ser empleado de una empresa de reparaciones de fontanería. Pero la empresa no existe y el nombre de Smith es, a todas luces, absolutamente falso.

—Pero alguien se pone en relación con él, ¿no crees?

—A mí se me está ocurriendo una idea —dijo Russell.

—¿Interesante?

—Puede serlo. ¿Cuáles son tus relaciones con Margaret y Lucius Mitchar?

Ketty hizo un gesto ambiguo.

—Tienen el mismo calor que la atmósfera en este mes de febrero —contestó significativamente.

—Pero alguna vez habrás hablado con ellos.

—Claro, aunque ya hace bastante tiempo que no los he visto —respondió Ketty.

—¿Qué tal clase de gente son?

—Avaros y egoístas. Terriblemente antipáticos. Ella es una solterona amargada y nunca se quiso casar, porque tenía miedo de que su futuro esposo mirase más a su dinero que a ella. No es que fuese rica ni mucho menos, pero yo siempre he pensado que ella miraba más al dinero que a los hombres.

—¿Y el hermano?

—Por el estilo. Soltero también, aunque ese sigue así, porque no se ha querido complicar la vida con una mujer y algunos hijos. Pero ello no significa que no se vaya por ahí de cuando en cuando a correr alguna aventurilla.

—Serán avaros como tú dices, pero un asesino profesional, y más de la categoría de Jimmy Smith no les habrá salido barato precisamente —

observó Russell.

—Habiendo dos millones de herencia en perspectiva, esta vez no les habrá importado ser generosos —aseguró la muchacha—. De modo que quieres que hable con ellos.

—Resultaría interesante. Luego, me dices el resultado de la conversación.

—¿Y por qué no me acompañas tú? —propuso Ketty—. Ya encontraríamos un pretexto para la visita, ¿no te parece?

El teléfono sonó en aquel momento, lo cual impidió que Russell pudiese dar su aprobación a la sugerencia de la muchacha.

CAPÍTULO VII

—Russell —dijo el dueño de la casa, después de levantar el auricular.

—Señor Russell, soy Dave Potter. No sé si me recuerda usted; el dueño de la tienda de repuestos de automóviles...

—Oh, sí, claro. ¿Qué tal, amigo Potter?

—Encantado de saludarle, señor Russell. Tengo cierta noticia para usted y espero que le interese. ¿Recuerda a Jimmy Smith?

—Sí. ¿Ha ido de nuevo por su tienda?

—No, señor, pero usted tenía razón; es un nombre falso.

—¿Cómo lo sabe usted, Potter?

—Verá, señor Russell, mi mujer es muy aficionada a todo esto de crímenes y asesinatos célebres y compra revistas sobre el particular. Una de ellas traía un resumen de algunos de los casos que no habían sido resueltos hasta ahora. En ella se mencionaba a un tal Harry Deltan. Es Jimmy Smith, seguro.

—Tendrá usted una buena razón para afirmarlo, amigo Potter.

—Por supuesto. La señora Deltan y su amante fueron asesinados, cuando se encontraban reunidos en el pisito de este último. Se acusó al marido, pero la policía retiró la acusación, por falta de pruebas. En la página donde menciona el caso hay tres fotografías: las de las víctimas y la del esposo injustamente acusado. Este es Harry Deltan, alias Jimmy Smith. No falla, la cicatriz se ve muy bien, señor Russell.

—De modo que se cometieron dos crímenes y él resultó inocente.

—Sí, señor.

—¿Qué arma empleó para matar a las víctimas?

—El gas, señor. El caso acabó con un veredicto de suicidio.

—Entiendo. Una pregunta más, amigo Potter. ¿Menciona la revista el domicilio de Deltan?

—Sí, señor, el número cincuenta y nueve de Drury Lane.

—Potter, a partir de ahora cuente con un cliente agradecido. Cada vez que necesite algo para mí automóvil, iré a su tienda.

—Gracias, señor Russell.

—A usted, amigo mío.

El joven cortó la comunicación. Volvióse hacia Ketty y la miró con ojos brillantes.

—Ketty, ya tengo el domicilio del supuesto asesino —exclamó.

Ella se puso en pie, como impulsada por un resorte.

—¡Vamos a verle ahora mismo! —exclamó.

—Un momento —dijo Russell—. Procedamos con método, no vayamos a espantar la pieza. ¿Y si él no vive ya en Drury Lane?

—¿Por qué no iba a vivir, Lynn?

—Han pasado cuatro años desde entonces. Si verdaderamente mató a su mujer y, al amante, es posible que se haya mudado de residencia.

—O no, puesto que la policía retiró su acusación.

—Pero el caso, indudablemente, armó mucho ruido. Quizá le convenía alejarse del escándalo.

—Es posible —admitió la muchacha, meditabunda—. Entonces, ¿adónde ha podido ir?

—¿Por qué no lo averiguas tú misma?

—¿Yo? —se asombró ella.

—Eres la dependienta de una gran librería y vas a llevar unos libros que ha encargado el señor Deltan. El conserje de Drury Lane, cincuenta y nueve, te dirá su departamento o su nueva dirección.

Ketty sonrió satisfecha.

—Sí, es una buena idea —aprobó—. Pero, ¿qué clase de libros le llevo?

—Oh, eso es lo de menos. Haremos un paquete, bien envuelto y... Bueno, yo te esperaré en una esquina próxima. Tú no tienes más que enterarte del piso donde vive Deltan o de su nueva dirección. ¿Entendido?

Ketty se puso en pie de un salto y agarró su bolso.

—¡Al ataque! —gritó.

Media hora más tarde, salían de una librería, con un paquete de libros muy bien envuelto, debido a que era para un obsequio. En uno de los lados del paquete se veía el membrete de la librería.

Y una hora más tarde, Ketty recibía una respuesta desanimadora:

—Lo siento, señorita —dijo el conserje del edificio—. El señor Deltan se marchó hace tres años largos y no ha dejado su dirección.

* * *

El timbre del teléfono sonó de pronto. Clarissa se levantó y cruzó la sala para atender la llamada.

Levantó el aparato. Una voz conocida sonó en sus oídos:

—Señora Hulme.

Clarissa contuvo el aliento.

—¿Ha... Harry? —dijo con voz insegura.

—Sí, el mismo.

—Usted no conocía mi teléfono...

—Lo he averiguado, señora.

—¿Cómo? —preguntó ella, casi a gritos.

—Se lo diré en una entrevista personal. A la hora que usted fije, por

supuesto, pero que sea lo más pronto posible.

Clarissa no dejó de captar el tono de velada amenaza que latía en la voz de Deltan. Durante unos segundos, sintió la tentación de rechazar la sugerencia, pero se dijo que no sería diplomático y acabó por ceder.

—Hoy tengo un compromiso —respondió al cabo—. Venga mañana, a la hora del té.

—Muy bien, señora Hulme.

Clarissa colgó el teléfono. Durante unos instante, todo dio vueltas a su alrededor.

Hasta ahora, las cosas habían marchado a la perfección. Pero Deltan había averiguado su identidad y ello podía dar un vuelco completo a la situación.

A menos que consiguiese mantener la serenidad y empezara a pensar en la mejor solución para el difícil problema que la llamada de Deltan acababa de plantearle.

La cocinera entró de pronto.

—Señora, la cena estará dentro de unos minutos —anunció.

Clarissa hizo un esfuerzo de voluntad para sonreír.

—Gracias, Magda —contestó.

—Perdone la señora que lo diga, pero, ¿tardará mucho el señor Reynolds en regresar de su viaje?

—No me lo precisó, Magda, y a decir verdad, estoy dudando si escribirle para decirle que no hace falta que vuelva. Los asuntos económicos no me marchan muy bien en estos últimos tiempos y creo que me convendría ahorrarme un sueldo.

—Como quiera la señora. ¿Sirvo ya la cena?

El timbre de la puerta sonó en aquel momento. Clarissa en persona fue a abrir.

—¡Hola, Lynn! —exclamó al reconocer a su visitante.

—¿Qué tal Clarissa? ¿Te sientes mal? Estás muy pálida —dijo Russell.

—Oh, solo un poco de jaqueca, pero ya se me va pasando. Magda —Clarissa se volvió hacia la cocinera—, ¿puede poner un plato más en la mesa?

—Sí, señora, con mucho gusto.

Clarissa se colgó del brazo de su visitante.

—Cenarás conmigo, supongo —dijo.

—Si te empeñas...

—Me encuentro muy sola en los últimos tiempos. Hazme un poco de compañía —rogó ella, mimosa.

—Con mucho gusto —sonrió el joven—. Por cierto, ¿dónde está Reynolds? Me extraña que no acudiera a abrirme la puerta.

—Oh, ha tenido que salir de viaje al Norte. Su madre está gravemente

enferma y no sé cuándo volverá. Quizá no vuelva, ya que me insinuó la posibilidad de quedarse allí. La familia posee unas tierras y... Pero no nos preocupemos más de Reynolds, querido. ¿Un aperitivo?

—Encantado —aceptó Russell.

* * *

—Pertenezco a la *Morrison Insurance* —dijo Russell al día siguiente —. El señor Deltan debe unos recibos y...

—Lo siento, señor —contestó el conserje del número 59 de Drury Lane

—. El señor Deltan se marchó hace más de tres años, sin dejar su nueva dirección.

—Oh, qué contratiempo. Entonces, no puede usted decirme dónde vive ahora...

—En absoluto, señor.

—Pero, al menos, quizá recuerde usted la compañía de mudanzas. Allí sí sabrán la nueva dirección del señor Deltan.

—Temo que eso tampoco va a ser posible. El señor Deltan vendió todos sus muebles y utensilios. Solo se llevó un par de maletas con ropas, que cargó en su propio coche. Pero si le interesa, le diré que los muebles fueron comprados por un tal Fred Coslar. No recuerdo la dirección, aunque sí se me grabó el nombre, porque da la casualidad de que tengo un pariente lejano que se apellida de la misma manera. Lo vi pintado en los costados del camión que se llevó los muebles, ¿comprende?

Russell pensó que media libra sería una buena propina para un hombre tan servicial. Darle más dinero podía resultar sospechoso en el simple empleado de una compañía de seguros, que no existía más que en su imaginación.

Ahora bien, Fred Coslar debía de ser un sujeto ajeno por completo a las andanzas de Deltan. Su negocio tenía que ser absolutamente legal. En tal caso, era inevitable que su nombre apareciese en la guía de teléfonos.

De este modo, una hora más tarde pudo hablar con el propio Coslar. El sujeto le recibió en una casi hirviente oficina, en mangas de chaleco y con un puro entre los dientes y el hongo caído hacia la nuca.

—De modo que anda buscando a Deltan —dijo.

—Sí, señor —contestó. Russell con la mejor de sus sorpresas.

—Amigo mío, temo que no voy a poder complacerle —manifestó Coslar—. Yo solo me limité a comprar el mobiliario de Harry Deltan.

—¿Todo?

—Absolutamente todo lo que había en el piso, incluidas ropas suyas y de su difunta esposa. Libros, objetos de adorno, vajilla... Él se quedó solamente con dos maletas con la ropa de uso más inmediato.

—Extraño, ¿no le parece?

Coslar se encogió de hombros.

—Lo parece, pero así fue —respondió—. Valoramos muebles y demás, regateamos un poco, fijamos un precio definitivamente y pagué. Así concluyó este negocio, señor Russell.

El joven se sintió momentáneamente desanimado.

—Voy a pedirle un último favor, señor Coslar —dijo—. ¿Conserva usted el recibo que le extendió Deltan?

—Por supuesto, y yo le di uno por los muebles y objetos que le compré. Esto evita siempre jaleos, ¿me comprende?

Coslar se dignó al fin ponerse en pie y hurgó entre sus ficheros durante un buen rato. Al cabo de unos minutos, enseñó el recibo a su visitante.

A Russell no le interesaba la cantidad que figuraba en el documento, sino la firma que había al pie del mismo. Conocer la letra de Harry Deltan podía resultar muy conveniente en un momento dado.

Dio las gracias a Coslar y se marchó. Respiró a pleno pulmón al hallarse al aire libre. Realmente, se dijo, la calefacción de aquella oficina habría avergonzado al encargado de una sauna finlandesa.

Ahora, se dijo, le convenía hablar con Ketty, a fin de ponerse de acuerdo para la mejor manera de visitar a los hermanos Mitchar.

CAPÍTULO VIII

La respuesta a su llamada fue hecha por una voz desconocida a través del micrófono de la puerta:

—¿Eres tú, Lynn?

—Sí, yo mismo. ¿Quién es usted, señora? —preguntó el joven, lleno de asombro.

—Soy yo, tonto. Es que tengo un catarro fenomenal... Anda, abre y entra.

Russell hizo lo que le decían. El espectáculo que presenció le dejó pasmado en un principio.

Ketty estaba envuelta en una gruesa bata y cubierta con una manta, de la que salían delgados hilos de vapor. Sentada en un sillón, aspiraba con fuerza el vapor que brotaba de la olla que tenía entre los pies.

—Pero, ¿qué diablos haces? —exclamó él, pasmado.

—Vahos de eucalipto. Mi madre me los hacía tomar siempre que estaba acatarrada. Descongestiona mucho los bronquios, ¿sabes? Con este clima de todos los demonios...

Ketty asomó la cara por el hueco superior de la manta y le miró sonriendo. Tenía la piel enrojecida y brillante por el sudor.

—Los antiguos remedios caseros no son tan malos como se cree comúnmente —añadió sonriente.

—Llamaré a un médico.

—¡Ni hablar! Me atiborraría de píldoras y antibióticos y acabaría tan planchada como si me hubiese pasado una apisonadora por encima. Tengo la manta eléctrica a toda potencia y ahora me iré a la cama. Tomaré una infusión de diversas hierbas, a la que añadiré unas gotitas del aguardiente de guindas que hace mi madre, ¡y a sudar! En cuarenta y ocho horas estaré como nueva.

—Eso significa que no podemos ir a ver a tus parientes, como habíamos planeado.

—No hay prisa, Lynn —dijo ella bajo la manta, con voz cavernosa.

—Si tú lo dices... ¿Necesitas algo que haya de traerte de la farmacia o de la tienda?

—No, gracias, ya estoy bien provista de todo.

—Bueno, si no te importa, me llevaré una llave. Supongo que tendrás dos, Ketty.

—Claro, hombre. Es una buena idea, así no tengo que dejar la puerta solo con un pestillo simple. ¿Volverás mañana a verme?

—Por supuesto. Te traeré periódicos, revistas y te haré un par de litros de jugo de naranja. Necesitas mucha vitamina C. Kitty.

—Eres un tipo adorable —rió ella, sin salir de la manta—. Por cierto, ¿qué has conseguido?

—Deltan tuvo que matar a su mujer y al amante, aunque la policía no consiguiese encontrar las pruebas necesarias. Pero se marchó de la casa y no dejó el menor rastro. Vendió todo, todo, excepto algunas mudas de ropa y un par de trajes.

—Es decir, no intervino ninguna casa de mudanzas.

—No. Seguro que alquilaría un piso amueblado y hasta es posible que con un tercer nombre, distinto de Deltan y de Smith.

—Porque pensaba dedicarse a asesino profesional.

—Exactamente, Kitty.

—Lynn, ¿se te ha ocurrido alguna vez la forma en que se pueden conseguir los servicios del señor Deltan?

—No tengo la menor idea, querida.

—Pero sería interesante averiguarlo, ¿no crees?

—Por supuesto. ¿A quién quieres matar, Kitty? —preguntó él, bromeando.

Ella asomó su rostro.

—No deseo la muerte de nadie, pero si es cierto que Margaret y Lucius Mitchar pagaron por asesinar a mí tío, quiero que se les castigue como es debido —contestó firmemente.

Minutos más tarde, Russell abandonaba la casa.

Entró en la primera cabina telefónica que le salió al paso. No le pareció prudente hacer aquella llamada desde el teléfono de Kitty.

Alguien contestó en el acto:

—Residencia de la señora Hulme.

—Soy Russell. Tenga la bondad de avisar a la señora, por favor —dijo el joven, extrañado de oír una voz masculina al otro lado del hilo.

Debía de ser el nuevo mayordomo, pensó.

—Lo siento, señor Russell; la señora no se encuentra en casa en estos momentos.

Russell colgó y se encogió de hombros. Ya hablaría con Clarissa al día siguiente.

* * *

El teléfono sonó y Clarissa lo señaló con una mano de uñas sangrantes.

—Tómelo, Harry. Sea quien sea, diga que no estoy en casa. Demuestre que sabe ser un mayordomo —dijo.

Deltan sonrió imperceptiblemente. Habló durante unos segundos y, al

terminar, se volvió hacia la bella mujer que tenía frente a sí.

—¿Quién es Russell? —preguntó.

—Un amigo, no tiene importancia —respondió ella con acento indiferente—. Más importancia tiene lo nuestro, Harry.

—Sí, Clarissa.

—¿Cómo supo usted que yo...?

—El difunto señor Hulme me habló de un detalle que solo un alto cargo de Scotland Yard podía conocer. Pero la oferta que me hizo era buena y acepté su proposición.

—Y luego averiguó el resto.

—Sin impaciencia —confesó Deltan—. En los primeros momentos; me bastaba con obedecer órdenes y cobrar un buen sueldo mensual, primas aparte. Pero luego leí algunos diarios y empecé a pensar que la tajada que yo sacaba era harto pequeña para lo que conseguía usted.

—Y quiere más dinero.

—Sí. ¿Para qué engañamos?

Clarissa titubeó un momento.

—¿Cuánto? —preguntó al cabo.

—Cincuenta por ciento de los beneficios.

—Es usted modesto en sus pretensiones, Harry —dijo ella, con una falsa risita.

—Sí, porque todavía no he mencionado todo lo que yo quiero.

—¿Ah, le parece poco dinero la mitad...?

—También la quiero a usted.

Hubo un momento de silencio. Deltan contempló especulativamente a la hermosa mujer que tenía frente a sí.

Los pantalones parecían una enorme falda de gasas negras; pero, a partir de la cintura, la cantidad de ropa era mucho menor; apenas si unos minúsculos trocitos de seda roja podían cubrir los senos. El resto del torso, blanco, mórbido, de piel satinada, quedaba enteramente al descubierto.

Clarissa entornó los ojos. Se sabía observada y deseada, y ello la halagaba, pero no quería ceder tan fácilmente. Debía demostrar que todavía seguía al frente del negocio.

—¿Qué pasaría si me negase? —dijo.

—No tengo pruebas contra usted —rió Deltan—. Soy tan tonto, que ni siquiera he grabado una sola de las conversaciones que hemos sostenido a lo largo de estos años. Pero, ¿dónde iba a encontrar otro tipo como yo? —preguntó intencionadamente.

—¿Tan difícil lo cree?

—Inténtelo —la desafió Deltan—. «Honradamente» hablando —agregó con supremo cinismo—, ¿se siente usted capaz de salir por ahí a la busca de un hombre capaz de eliminar a la gente sin dejar el menor rastro?

Clarissa calló un momento. Animado, Deltan prosiguió:

—Usted me tiene a mí como «herencia» de su marido. Por su cargo, él sí estaba en condiciones de saber quién le iba a servir mejor. Pero usted se encuentra en muy distintas condiciones. No tiene otro remedio que seguir conmigo, en las condiciones fijadas.

—Parece que emplea unos argumentos muy fuertes, Harry —dijo al cabo—. El cincuenta por ciento de los ingresos... y yo.

Con los ojos brillantes, Deltan avanzó hacia ella y le puso las manos en la desnuda cintura.

—Sí, tú —murmuró con voz enronquecida. Y fue a besarla, pero ella volvió la cara a un lado.

—¡Espere! —pidió Clarissa.

—¿Qué diablos pasa ahora? —gruñó Deltan.

Ella se separó.

—Tengo que decirle algo —manifestó—. Es la primera vez que me sucede, pero estoy dispuesta a que sea la última. No quiero que se repita el ejemplo, aunque, desgraciadamente, me parece que se va a repetir... pero, sea como sea, quiero hacer un escarmiento para futuros clientes.

—No entiendo —contestó Deltan.

—Es bien sencillo. En uno de los últimos encargos que yo le hice a usted, los futuros herederos establecieron un pacto conmigo, como hacen todos. Pero solo han pagado la mitad de lo convenido.

—Eso es incorrecto —calificó Deltan, indignado—. Muy incorrecto.

—Desvergonzado, diría yo. Pero, repito, no estoy dispuesta a que se burlen de mí ni a que cunda el ejemplo. Harry, hay que escarmentar a esos desaprensivos.

—Bueno, llámeles por teléfono...

—No, no, temo que no me ha comprendido. A decir verdad, no tengo nada en qué apoyarme para obligarles al pago de la deuda. Pero si ellos no quieren pagar... ¡tampoco deben disfrutar de la fortuna que les proporcioné! —concluyó Clarissa con tajante acento.

* * *

—El inaprehensible Deltan —comentó Kitty, mientras viajaban en el coche de Russell para visitar a sus parientes.

—Está en alguna parte, de Londres. Tarde o temprano lo encontraremos —aseguró el joven.

—¿Qué haremos entonces, Lynn? ¿Denunciarlo a la policía?

—No podríamos alegar ninguna prueba medianamente satisfactoria —contestó él—. Pero sí podríamos seguirle... aunque —añadió tras un profundo suspiro—, lo primero que se necesita es encontrarlo.

—Debe de ser un tipo muy peligroso.

—Y, sobre todo, muy astuto y dotado de una gran inteligencia para el crimen. Basta pensar solamente en los asesinatos de su esposa y del amante, Ketty.

—Es verdad. Lynn, ¿cómo lo hizo para escapar a la acción de la justicia?

—Averiguó el lugar donde se reunían la esposa y el amante. Entonces, con mucha paciencia y no poca habilidad, por supuesto, preparó una trampa en la instalación de gas. Mediante un mecanismo dirigido a distancia por radio, abrió la espita en el momento en que los dos amantes estaban reunidos. Cuando los desgraciados se dieron cuenta, ya era demasiado tarde. Deltan calculó bien el tiempo y entonces cerró la espita. Luego, por el mismo procedimiento, hizo funcionar un extractor de aire. Fue a la casa, desarmó los aparatos que había montado y se marchó. Al final, el veredicto fue suicidio.

—Es decir, no pudieron probar que fuera él.

—Tenía una buena coartada. Le soltaron.

—Lynn, me siento admirada, pero hacia ti. ¿De dónde has sacado tantos datos?

Russell se echó a reír.

—El buen Potter me dio una idea y fui a la Biblioteca Nacional, en donde consulté diarios y revistas de la época. Nada difícil, como puedes comprender.

—De modo que Deltan empleó el gas...

—Sí, y no lo ha vuelto a repetir, en ninguno de sus siete asesinatos restantes. Lo cual resulta lógico, porque de este modo se evita sospechas que, a la larga, podrían resultarle funestas.

—Pero mientras tanto, parece como si se lo hubiese tragado la tierra.

—Ya aparecerá —sonrió él—. A propósito, ¿cómo te encuentras de ese catarro, curado según las viejas fórmulas de tu venerable bisabuelita?

Ketty se echó a reír.

—Tú puedes burlarte de mí, y yo admitiré que han sido tres y no dos los días de cama que he debido guardar, pero esos remedios caseros me han dejado como nueva —contestó.

CAPÍTULO IX

El día estaba lluvioso y desapacible. A pesar de todo, el visitante usaba gafas de color. Vestía un impermeable de color oscuro y se cubría con un sombrero de ala un tanto exagerada.

—¿Qué desea? —preguntó Lucius Mitchar.

—Me llamo Smith, señor Mitchar. ¿Puedo hablar con su hermana, *miss* Margaret?

—Sí, claro. Entre, está en el salón... Ella no me ha hablado de usted...

—Se le habrá olvidado —dijo Deltan, riendo en tono bajo.

Mitchar guio a su visitante hasta el salón. Sentada junto al fuego había una mujer de unos cincuenta años, de rostro huesudo y expresión avinagrada.

—¿Qué es, Lucius? —preguntó con voz chillona.

—El señor Smith. Dice que tú le has llamado, querida.

—¿Qué yo...? Querido, no recuerdo haber llamado al señor Smith para nada —contestó Margaret—. Es más, ni siquiera le conozco.

Mitchar se volvió hacia el visitante.

—Señor mío, tendrá usted la bondad de explicar los motivos de su insólita actitud —pidió, colérico.

—Sí, señor, ahora mismo —contestó Deltan.

Cerró la puerta y sacó una enorme pistola, provista de silenciador.

—¿Qué es eso? —chilló Margaret, desfavorida.

—Ustedes hicieron un trato tiempo atrás, pero no han cumplido su parte. Se, comprometieron a pagar doscientas mil libras y solo han entregado la mitad. ¿Me equivoco?

Los dientes de Lucius castañeteaban audiblemente.

—No... no nos ha sido posible... —tartamudeó.

—¿Con millón y medio de herencia? —dijo Deltan, burlón—. Alguien dijo que la tacañería es la madre de muchos males. Es hora de que comprueben la exactitud de este refrán.

Y apretó el gatillo.

Lucius recibió la primera bala entre los ojos y cayó fulminado. Margaret se puso en pie, chillando espeluznada, pero un proyectil la tiró contra el respaldo del sillón.

Su cuerpo se agitaba con fuertes temblores convulsivos. Deltan maldijo su falta de puntería.

—Claro que no estoy entrenado —rezongó.

Se acercó al sillón y colocó el cañón a un palmo del cráneo de

Margaret.

Ella bizqueó horriblemente para dirigirle una última mirada, en la que, silenciosamente, pedía piedad. Deltan apretó el gatillo.

Guardó la pistola y salió de la casa. Todo el rato había llevado las manos enguantadas, de modo que no había peligro de huellas dactilares.

Pero sí habían quedado las de sus pies. Ya contaba con ello, dado el tiempo lluvioso.

El coche se había detenido a unos quinientos metros de la casa de los Mitchar. Antes de entrar en el vehículo, Deltan se quitó unos chanclos de goma tres números mayores que los que hubiera usado en condiciones normales. Además, eran nuevos y dejarían unas huellas perfectamente definida. Pero el doble asesinato sería achacado a un hombre de estatura casi gigantesca.

En su viaje de vuelta tuvo que cruzar por un pequeño puente que permitía el paso sobre un arroyo, de caudal crecido en aquellos días. Los chanclos, con unas piedras muy gruesas, bien encajadas en su interior, fueron a parar al centro de la corriente, en la que se sumergieron inmediatamente.

* * *

—De modo que esa es la casa de tus tíos —dijo Russell.

—¿Qué tonillo es ese que empleas, Lynn? —preguntó Ketty, simulando estar picada.

—Bueno, no es precisamente la casa de unos millonarios...

—Ya te dije que son muy tacaños. ¿Acaso esperabas encontrar una réplica de algún palacio oriental?

—¡Hum! —dijo él, a la vez que se apeaba frente a la cancela de entrada de un jardín de regulares dimensiones—. Por lo menos, las plantas están bien cuidadas. Claro que eso no cuesta mucho —añadió, sarcástico.

—No seas corrosivo —le recriminó Ketty—. En este mundo, nadie es perfecto.

—Sí, pero es que algunas imperfecciones...

Russell no quiso decir más, por no enojar a la muchacha. A fin de cuentas, los Mitchar eran sus parientes.

La casa le desagradó. Aparte de que era antigua, el estilo arquitectónico resultaba vulgar y amanerado. Y sus dueños no se arruinarían en los gastos de conservación del edificio. En la fachada se veían algunos desconchados y los marcos de las ventanas necesitaban una buena mano de pintura.

—Si me dices que tus tíos no tienen servidumbre, lo creeré de inmediato —dijo, mientras avanzaban por el sendero central del jardín.

—Una mujer viene a hacerles la limpieza por las mañanas, pero se va

antes del almuerzo —explicó la chica.

—Claro, así se ahorran un plato. Y no tienen perro tampoco; el último, estoy seguro, se les murió de hambre.

—Lynn, por favor, deja en paz a esa pobre gente. ¿Te parece que no es menuda tortura tener tanto dinero y no querer gastarlo por tacañería?

—Tienes razón —convino él—. Bastante castigo tienen con el temor a gastar un penique de más en alguna cosa que para los demás es enteramente natural y que para ellos resultará espantosamente superflua.

Ketty llamaba ya a la puerta. Nadie contestó a los repiqueteos del timbre.

—Insiste —aconsejó él.

—No contestan —dijo la chica, pasados unos momentos.

—¿Habrán salido?

—Quizá, aunque no son de la clase de gente que les guste demasiado el movimiento.

De pronto, movida por un extraño impulso, Ketty hizo girar el pomo exterior.

—Está abierta —exclamó.

—Bien, entremos. Puesto que eres su pariente, no creo que lleguen a acusarte de allanamiento de morada.

—Con lo raros que son... —dudó la muchacha.

Avanzó resuelta hacia el salón. Abrió la puerta y pegón un chillido que hizo retemblar las paredes.

Alarmado, Russell dio un salto hacia adelante. Ketty se tambaleaba, a punto de caer al suelo. Russell vio lo que había al otro lado de la puerta y, cogiendo a la muchacha en brazos, la llevó hasta un sillón.

—Quédate aquí y no te muevas —dijo—. ¿Dónde está el teléfono?

La mano de Ketty señaló la puerta abierta.

—A... allí... —dijo con voz insegura.

Russell se llenó los pulmones de aire. Entró en el salón y se acercó al teléfono.

Lucius yacía boca abajo. Su hermana estaba medio derrumbada en su sillón de grandes orejeras, con la cabeza torcida a un lado y una grotesca mueca que distorsionaba horriblemente sus facciones. Tenía sangre en los cabellos grises y en la pechera de su vestido.

Russell sacó un pañuelo para tomar el teléfono. Harto se imaginaba que el asesino no habría dejado huellas, pero observar un mínimo de precauciones, se dijo, era cosa que no podría perjudicar a nadie.

Al cabo de unos momentos, volvió al vestíbulo.

—Ya he avisado a la policía —dijo.

Ketty le dirigió una mirada en la que se expresaba un terror infinito.

—Lynn... ahora... pensarán que yo los he asesinado, para heredar su

dinero —dijo con acento lleno de aflicción.

* * *

El forense cerró su maletín y se marchó. Los sanitarios emprendieron la fúnebre tarea de llevarse los cadáveres.

La labor del fotógrafo policial había terminado ya. El sargento Farquehart cerró su libreta de notas.

—Apresaremos al criminal —dijo, seguro de sí mismo.

—¿En qué se basa para afirmarlo, sargento? —preguntó Russell.

Farquehart sonrió.

—Ha dejado unas huellas muy claras y nítidas —contestó—. Usaba chanclos y es lógico, dado el tiempo que hace. Pero no se limpió los pies en la entrada y sus pisadas se han ido marcando a lo largo de todo el vestíbulo hasta el salón. De nada le sirvieron los guantes que, a no dudarlo, llevaba puestos.

—Y usted cree que por las huellas...

—Indudablemente —el policía miró con aire calculador a Russell—. Usted es alto, pero el asesino le pasa, al menos, diez o quince centímetros. Un verdadero gigante, créame.

—Eso lo ha deducido por las huellas de sus pies.

—Justamente, señor. Calzaba nada menos que un cuarenta y siete. Algunas de las pisadas han quedado perfectamente marcadas en la tierra del jardín. Eso le perderá, créanme...

—Entendido, sargento. ¿Podemos irnos?

—Por mí parte, no hay inconveniente, aunque deberán estar dispuestos para declarar cuando se les notifique.

—Así lo haremos, sargento —contestó Russell.

La mujer que se encargaba de la limpieza también estaba presente. Había gimoteado durante todo el rato y, de pronto, dijo:

—Alguien se alegrará de la muerte de los señores.

El sargento Farquehart se volvió rápido hacia ella.

—¿Quién, señora Timmins? —inquirió.

—Los pobres niños del orfelinato de Cawnmore Oaks. Se lo oí más de una vez a los difuntos; habían dispuesto que, al morir ellos, toda su fortuna pasara al orfelinato. Espero —añadió compungida la señora Timmins—, que también se hayan acordado de dejarme alguna manda en el testamento.

—Así lo creo yo, señora —dijo el sargento—. Y gracias por la noticia; puede resultar interesante.

—¿Lo ves? —dijo Russell más tarde, cuando ya estaban de vuelta hacia Londres—. No solo nadie ha pensado en que tú podías tener interés en la muerte de tus parientes, sino que no lo pensarán en, el futuro.

—Eso es muy relativo, Lynn —contestó ella—. Pueden pensar que yo ignoraba esa circunstancia de su testamento y que creía que el dinero iba a pasar a nosotras, es decir, a mí madre y a mí.

—Estoy yo para declarar a tu favor, Ketty. Además, recuerda que nos detuvimos en la posada del pueblo inmediato para tomar una taza de té. A esas horas, tus parientes habían muerto ya. La mujer que nos atendió recordará nuestra estancia allí y la hora en que se produjo. Insisto en que, salvo el dolor que te pueda producir el hecho, no debes temer nada en absoluto.

—Ojalá sea como dices —suspiró ella—. Pero sigo sin saber por qué los han asesinado.

—No se mata a dos personas sin un motivo bien definido —sentenció él—. Algún día, créeme, conoceremos los motivos de esas muertes.

Era ya bastante tarde cuando llegaron a Londres. Russell dejó a la muchacha a la puerta de su casa y luego regresó a la suya.

Estaba algo cansado, aunque también nervioso. Para tranquilizarse, se preparó una buena dosis de escocés. Luego se sentó con el vaso alto en la mano, contemplando con aire ausente un programa de televisión.

El teléfono sonó de pronto.

Era Clarissa.

—¡Lynn! ¿Dónde te has metido durante todo el día? Te he llamado un montón de veces y no estabas...

—Lo siento, tuve algo que hacer —excusó Russell una respuesta concreta.

—Está bien, de todas formas, no era gran cosa. Tengo que pedirte un favor, Lynn.

—Tú me mandas, querida.

—Necesito informes. Se llama Winston Huffy Stalley y vive en el ciento cinco de Crumlin Road. Huffy es el apodo familiar, ¿comprendes?

—Sí, Clarissa. Necesitas los informes con urgencia.

—No hay prisa, pero deseo la mayor exactitud posible.

—Muy bien, los tendrás en cuanto pueda. ¿Cómo te encuentras, hermosa?

Sonó una risita.

—A veces; muy sola —contestó ella, insinuante.

—Bueno, ya iré cualquier rato a aliviar tu soledad. Hasta la vista, Clarissa.

—Adiós, Lynn.

Russell volvió el teléfono a la horquilla. De pronto, se sintió preocupado.

¿Era Stalley un hombre rico?

CAPÍTULO X

Con aire satisfactorio, Deltan leyó los diarios, fijándose muy especialmente en uno de los aspectos de determinada noticia. Luego, con uno de los diarios bajo el brazo, se dirigió al dormitorio de la dueña de la casa.

Llamó con los nudillos. Una voz lánguida dio permiso para entrar.

—Señora —dijo Deltan.

Clarissa le miró desde el enorme lecho, adornado con multitud de encajes. Sacó un brazo de mórbida blancura y se dio un par de golpecitos en la boca.

—¿Qué tal día hace, Harry? —preguntó con displicente acento.

—Pésimo, señora. Llueve, aunque a veces lo que cae es aguanieve, y sopla un viento desagradabilísimo —informó el respetuoso mayordomo.

—¿Traen los periódicos alguna noticia especial?

—Sí, señora. Si la señora me lo permite...

Deltan miró unos instantes hacia afuera. La asistenta limpiaba ahora la sala de la planta baja y la cocinera estaba ocupada con sus cacharros.

—¿Qué sucede, Harry? —preguntó ella en voz baja.

Deltan cerró con gran cuidado.

—Sucede exactamente lo que yo pronostiqué —contestó en el mismo tono—. La policía busca a un hombre de gran estatura.

—Supiste hacerlo bien, Harry —sonrió ella.

—Dadas las circunstancias, no puedes tener queja de mí.

—En absoluto. Pero, de todas formas, hemos perdido cien mil libras, Harry.

—Así recobramos las ciento veinte mil que faltan, ¿no?

—Eso espero.

—¿Has hecho la llamada?

—Luego, después del desayuno, cuando me haya bañado y esté vestida. Yo entraré en la salita y tú vigilarás que ninguna de las dos mujeres curioseee por alguno de los teléfonos supletorios.

—Está bien. ¿La señora desea algo más?

—Eso es todo. Desayunaré dentro de quince minutos, Harry.

—Como mande la señora.

Dos horas más tarde, Clarissa marcó un número.

—¿Señora Horton? —preguntó.

—Sí, yo misma. ¿Quién...?

—El nombre no interesa ahora. Lo que sí importa es recordarle la deuda

de ciento veinte mil libras que tiene conmigo. Usted ya conoce bien los motivos de esa deuda, señora Horton.

—Sí, pero es que ahora no puedo...

—Señora, le recomiendo la lectura de los diarios de la mañana. Mencionan el asesinato de los hermanos Margaret y Lucius Mitchar. Parece ser que un desconocido entró en la casa, para robar, pero solo tuvo tiempo de matarlos a tiros. Debió de alarmarse, porque escapó sin tener tiempo de llevarse un solo chelín. En realidad, no fue a robar. Margaret y Lucius me debían cien mil libras por los mismos motivos que usted.

—Oh —dijo Nancy Horton, sintiéndose a punto de perder el conocimiento.

—Tiene una semana de plazo para cancelar su deuda. No la llamaré más ni volveré a hacerle nuevas reclamaciones sobre este particular. Lea los diarios de hoy, insisto, y así comprenderá qué es lo que debe hacer. Buenos días.

* * *

—¿Se te ha ocurrido preguntarte alguna vez cómo se enteran los asesinos de la fortuna personal de sus víctimas?

Russell fijó los ojos en Ketty. La muchacha estaba en pie, sirviendo el té, y no le miraba en aquel momento.

—Yo opino —continuó ella—, que deben de tener un buen servicio de información. Esas cosas no se hacen a ciegas, me parece.

¿Había colaborado él en la muerte de Kindlare? se dijo Russell. Llevaba ya una larga temporada trabajando para Clarissa, recogiendo informes de toda clase de personas, ninguna de las cuales era de modesta posición. Todas tenían una gran fortuna y herederos más o menos ansiosos de que desapareciera el titular de dicha fortuna.

—¿En qué piensas, Lynn? —exclamó Ketty, extrañada del silencio de su amigo—. ¿Es que no me has oído?

—Sí, dispensa; es que estaba distraído... ¿Qué decías, preciosa?

—Decía... —pero el teléfono sonó de pronto y Ketty no pudo continuar hablando.

Tomó Russell el aparato. Respingó al saber que era Nancy Horton.

—Lynn —gimoteó la mujer—, ven pronto, por el amor de Dios...

—¿Te sucede algo? —preguntó el joven, alarmado.

—Sí... pero no puedo hablarte por teléfono... ¿Tardarás mucho?

—Iré lo antes que pueda; pero, dime, ¿no es asunto en el que necesite intervenir la policía?

—¡No! —gritó ella, aterrada—. ¡La policía no...!

—Está bien, tranquilízate; iré enseguida.

Russell se volvió hacia la muchacha después de cortar la comunicación.

—Es Nancy Horton —dijo simplemente.

—¿Qué le pasa? Daba unos gritos que hacían pensar en lo innecesario del teléfono en algunos casos.

Pero Russell no estaba para apreciar muestras de ingenio.

—Se siente muy preocupada y no ha querido decirme los motivos. Desea verme cuanto antes, Ketty —manifestó.

—A esa pájara le remuerde la conciencia —sentenció ella.

—Es posible, pero no puedo desatender su llamada. Me dispensas, ¿verdad?

—Claro, hombre. Oye, y si te parece, luego hablaremos del servicio de información de los asesinos.

—Por supuesto. Ah, estás en tu casa, Ketty.

—Gracias, generoso —dijo ella, sonriendo.

Russell se puso el sombrero y el impermeable, pues llovía con bastante fuerza. Se disponía a salir cuando, de pronto, Ketty exclamó:

—Se me ocurre una idea, Lynn.

—¿Interesante?

—Tal vez. ¿Qué te parecería tender una trampa a los asesinos? No, no me digas nada ahora —habló Ketty apresuradamente—. Necesito madurar la idea y, cuando se me hayan ocurrido más cosas sobre el particular, te lo diré y comentaremos el asunto. ¿Te parece bien?

—Estupendo —aprobó Russell.

—Cuando veas a la señora Horton, pregúntale si ve por las noches el fantasma de su pariente —dijo la chica burlonamente, en el momento en que Russell cruzaba el umbral de la puerta.

* * *

Nancy Horton olía a coñac.

Era evidente que había recurrido al alcohol para infundirse un valor que había perdido por algún motivo, aunque Russell se imaginaba de sobras cuál era aquel motivo.

La mujer ofrecía ahora un aspecto desastroso. Diez años habían caído de golpe sobre ella, arruinando así los tenaces esfuerzos que hacía para conservar su madura belleza.

Estaba llenando otra copa, cuando entró Russell en la sala. El joven se apoderó de la copa y de la botella con gesto lleno de severidad.

—Deja de beber —exclamó perentoriamente—. El alcohol no resolverá tus problemas.

—Es que estoy... —Nancy se derrumbó sobre un sillón y gimoteó casi históricamente—. Me han amenazado de muerte, Lynn —declaró.

—¿Quién? —preguntó él.

—No lo sé, no lo conozco...

—¿Hombre o mujer?

—Una mujer, pero jamás la he visto ni sé cómo es.

—¿Qué te ha dicho, Nancy?

—Me pide ciento veinte mil libras. Si no se las entrego, me matará.

Russell frunció el ceño.

—¿Eso te ha dicho? —preguntó.

—Sí —Nancy no se atrevió a declarar toda la verdad; era demasiado horrible y ni siquiera se sentía capaz de una total franqueza con su visitante—. Me matará si antes de una semana no le he dado ciento veinte mil libras —asintió.

Russell agarró un sillón y se sentó frente a ella.

—Vamos, vamos, trata de calmarte —dijo—. ¿Por qué no me lo cuentas todo? Somos amigos, creo.

Nancy inspiró con fuerza.

—Es que... esa horrible mujer dice que yo... que yo asesiné a mi pariente para heredarle...

—¿A Kindlare?

—Sí, pero no es cierto. ¿Cómo iba yo a asesinarle, si le quería tantísimo? Mis hijos, Lionel y Keith también le apreciaban mucho...

«Lionel y Keith Horton. Menudo par de granujas», pensó Russell.

—¿Tiene pruebas esa mujer de lo que dice? —preguntó.

—¿Cómo va a tenerlas, si yo no soy una criminal? Solo quiere sacarme dinero...

—Llama a la policía, Nancy.

—¡Noooooooo...! —chilló la mujer, despavorida.

—Bueno, pero es que yo no sé qué hacer, Nancy.

—Tú eres detective, Lynn.

El joven respiró.

—¿Quién? ¿Yo? —dijo, atónito.

—Claro. Tú mismo mencionaste algo...

—Bueno, lo que yo dije, exactamente, es que trabajaba para una agencia de informes comerciales. Pero ese no tiene nada que ver con un trabajo detectivesco, Nancy.

—Entonces, ¿no puedes ayudarme?

Russell hizo un gesto ambiguo.

—Si no quieres ver a la policía...

—Te digo que no. No quiero que la policía intervenga en absoluto en este caso.

Durante un segundo, Russell sintió la tentación de hacer saber a la mujer que sabía la verdad, que ella había aceptado ciertas propuestas para

que Kindlare fuese asesinado y así poder heredar su cuantiosa fortuna. Pero, ¿qué adelantaría, si ella lo negaría en redondo?

—Vamos a ver —dijo al cabo de unos momentos de reflexión—, esa mujer que te pide el dinero, ¿tiene pruebas que puedan comprometerte gravemente?

—No, en absoluto. Nunca la he visto; siempre nos hemos comunicado por teléfono.

«Eso significa que ha hablado con ella más de una vez», pensó el joven. La conversación habida aquella mañana entre Nancy y la desconocida no era la única, y ello resultaba plenamente lógico, porque, pese a lo que Nancy pudiera decir, había aceptado el asesinato de su pariente.

Solo que ahora pagaba las consecuencias de haberse negado a abonar la cantidad convenida por la muerte de Marphy Kindlare y la directora de aquella agencia de asesinatos estaba dispuesta a cobrar.

En dinero o en sangre, se dijo, mientras recordaba el caso de los hermanos Mitchar.

—Te ha llamado hoy y ha dado de plazo una semana —dijo de pronto.

—Sí —contestó Nancy.

—Está bien. Tenemos tiempo. Quiero ayudarte; ya pensaré en algo. Confía en mí.

Nancy hizo un esfuerzo por sonreír.

—Ahora me siento mejor —confesó.

* * *

Ketty no contestaba al teléfono a la mañana siguiente. Alarmado, Russell fue a su casa. Ella abrió la puerta envuelta en una bata y con una bolsa de hielo sobre la cabeza.

—Pasa, pasa —dijo con voz lacia—. Tengo una jaqueca espantosa.

—Lo siento —manifestó él—. Pero llamaba y no me contestabas...

—Estaría durmiendo la mona, seguro. Aún me dura la resaca, Lynn.

Russell se quedó pasmado al oír aquellas palabras.

—¡Pero, Ketty! —exclamó.

—Voy al baño —dijo ella—. ¿Quieres encender el fuego y preparar café, muy cargado?

Ketty dio media vuelta y se alejó haciendo eses. Russell no salía de su asombro. La borrachera de Ketty le resultaba incomprensible, máxime sabiendo que era una muchacha más bien morigerada en lo referente al alcohol.

Media hora más tarde, Ketty tomó con gran satisfacción su primera taza de café puro y bien cargado, a la que añadió un par de aspirinas. Vio la cara que ponía el joven y se echó a reír.

—No me mires como a un bicho raro —dijo—. En cierto modo, lo que me pasa es por culpa de mi afición a sentirme detective.

—Los detectives no se emborrachan, Kitty.

—Anoche lo comprobé a mí costa —suspiró la chica—. Pero algo conseguí, no vayas a creerte. Lionel Horton bebió todavía más que yo.

Russell saltó en su asiento.

—¿Has dicho Lionel Horton? —exclamó.

—El mismo —confirmó Kitty, satisfecha—. Averigüé el lugar donde podía encontrarlo... un par de llamadas telefónicas me bastaron, como puedes comprender, y acudí allí, vestida con mis mejores y más breves trapitos. No soy tan fea, ¿verdad? —preguntó ella con coquetería—. Por cierto, el vestido que llevaba es un auténtico Mary Quant...

—Deja en paz a Mary Quant —gruñó él—. ¿Qué conseguiste?

—Bastante. El alcohol desató un poco la lengua de Lionel. Luego, yo tuve que seguirle la corriente, para que no sospechase. Por eso dormía aún cuando tú llamaste.

—¿Dijo algo interesante?

—A mí me parece que sí. No hay duda alguna: contrataron a un asesino para liquidar a Kindlare y heredarlo. Luego hice que bebiera aún más, a fin de que olvide las confidencias que me hizo.

—Me dan ganas de darte un beso —exclamó él, entusiasmado—. ¿Cómo contrataron al asesino?

—Ah, eso ya es demasiado. Los «trámites» corrieron a cargo de la madre, quien lo hizo todo, previa la anuencia de los vástagos. Así, pues, tendrás que entenderte con Nancy Horton para terminar de aclarar el enigma.

—De modo que fue ella... —murmuró Russell, muy pensativo.

—Sí, Lyon. Por cierto, ¿qué conseguiste en tu visita?

—Está aterrada. Hizo un pacto con el asesino, bueno, con la mujer que planea los crímenes, y no pagó después. Esa mujer no está dispuesta a que se burlen de ella, como, estoy seguro, demostró con las muertes de tus parientes. Y ya no cabe duda; Deltan trabaja para ella.

—Entonces, Margaret y Lucius hicieron que tío Robbyn fuese asesinado y luego se negaron a pagar.

—Eso es lo que yo creo, y es lo mismo que le sucede a Nancy Horton. Pero ella no lo quiere declarar con claridad.

—Tendrás que buscar un medio de obligarla a hablar, ¿no te parece?

—Lo pensaré, aunque estima que el alcohol no servirá en este caso.

—¿Y si ella insistiese en la negativa a pagar? Podría tenderse una trampa al asesino y...

—Creo que no daría resultado. Deltan actúa con demasiada listeza para dejarse atrapar. Tenemos que pensar en otra clase de trampa.

—¿Cuál, Lynn?

Russell suspiró.

—La verdad, no se me ocurre ninguna por ahora —contestó.

CAPÍTULO XI

Había obtenido ya algunos informes y decidió entregárselos a Clarissa, a la que, por otra parte, hacía ya días que no veía.

Llamó a la puerta. Un atildado individuo, robusto, de mediana estatura y sienes grises, abrió en el acto.

—¿Señor? —dijo.

—Soy Russell —manifestó el visitante—. Tenga la bondad de avisar a la señora.

—Bien, señor. Por favor, pase.

Russell cruzó el umbral. Deltan se hizo cargo de su sombrero y del impermeable.

—Ahora mismo iré a avisar a la señora —dijo a continuación.

—Un momento, por favor —rogó el joven.

Deltan se volvió.

—¿Señor? —dijo.

—¿Es usted el nuevo mayordomo?

—En efecto, señor. Sustituyo al señor Reynolds, quien se despidió hace algunas semanas. Me llamo Jacobs, pero el señor puede llamarme Harry, como hace la señora.

—Gracias, Harry, es usted muy amable.

Deltan se alejó. Sentíase ligeramente incomodado. ¿Por qué le había mirado el visitante con tanta fijeza?

Por su parte, Russell sentía las palmas de sus manos llenas de sudor. ¡Increíble! se dijo.

El propio Harry Deltan, empleado como mayordomo en casa de Clarissa Hulme.

Pero si ya había empezado a recelar de ella, las sospechas empezaban a tomar cuerpo con la presencia de Deltan en la casa. Era algo incomprensible, aunque, de momento, la explicación sobre el particular carecía de urgencia.

Clarissa apareció a poco, envuelta en uno de los aparatosos vestidos que empleaba para estar por casa y que consumía decenas de metros de tules y gasas. Saludó al joven con toda cordialidad, le besó en una mejilla y luego le reprochó su poca asiduidad en visitarla.

—Antes venías más a menudo —dijo.

—Tienes demasiados compromisos sociales. No quiero privarte de que te luzcas en las fiestas —contestó él.

Clarissa sonrió, mientras llenaba dos copas con un jerez que parecía oro

líquido.

—Sí, me he movido un poco en los últimos tiempo —admitió—. Pero estoy en la edad de hacerlo, ¿no? —dijo, mientras le entregaba una copa con aire mimoso.

—Indudablemente. Ah, aquí tengo parte de los informes que me pediste —exclamó él, a la vez que dejaba un sobre en la mesa próxima.

—Magnífico. Envíame cuanto antes la nota de gastos, Lynn. ¿Otra copita?

—No, gracias, ya tengo suficiente —Russell se inclinó para besarla en un lado de la cara—. Ahora he de hacer algo urgente, para ti, claro; volveré otro día con más tiempo.

—Cuando gustes, querido.

Clarissa tomó el sobre al quedarse sola y se abanicó maquinalmente. Russell se había mostrado un tanto frío y distante, cosa que no era habitual.

—¿Quién era ese tipo? —sonó de pronto la voz de Deltan.

Clarissa se volvió ligeramente.

—¿Te interesa? —preguntó.

—Me escama —gruñó él.

—¿Por qué dices eso, Harry?

—Me miraba con demasiada fijeza. Eso no me ha gustado en absoluto.

—¡Tonto! —rió ella—. Lynn Russell es el mejor agente que tengo para recoger los informes que necesitamos —agitó el sobre—. Y aquí, si no me equivoco, están los informes de un tipo que vale más de cuatro milon.es.

—Si sus herederos son tan buenos pagadores como otros que conozco, vamos derechos a la ruina —masculló Deltan.

—Querido, es un riesgo que debemos correr. Pero más riesgos corren los que no pagan. A la señora Horton se le acaba el plazo dentro de seis días, así que ya puedes empezar a pensar en el medio de suprimirla. Y piensa también algo para Hoffy Stalley, aunque para este no hay prisa por el momento.

—¿He de liquidar a Nancy Horton? —preguntó Deltan.

—Si no paga, por supuesto. Ello, además, asustará a sus hijos, Lionel y Keith, ¿comprendes?

Deltan sonrió.

—No es mala idea —aprobó. Y la abrazó, sin darse cuenta de que la cocinera les veía a través de la rendija de una puerta.

* * *

—¡Ella es la mujer! —exclamó Russell excitadamente.

Ketty se llevó las manos a la cara.

—¡Cielos! —exclamó—. Nada menos que la viuda del superintendente

Hulme, de Scotland Yard.

—El cual, apostaría algo bueno, fue el que inició el negocio. Sabía que Deltan había asesinado a su esposa y al amante y ocultó las pruebas, haciéndole luego que se convirtiese en el ejecutor de su particular agencia de asesinatos. Pero Deltan solo realizó una operación para Hulme; este se mató y su viuda, que debía de estar al corriente, prosiguió con el negocio. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí, pero, ¿cómo ha cometido la imprudencia de tener al asesino en su propia casa?

—No lo sé. Tal vez Deltan la forzó en ese sentido.

—¿Chantaje?

Russell hizo un gesto de duda.

—Lo dudo mucho. Ella usa el teléfono, pero ni siquiera grabadas conversaciones, no tanto por los otros, como porque su propia voz podría quedar registrada. Pero ese es un medio seguro de no dejar rastros.

—¿Y cómo obtiene su clientela?

—Probablemente, el próximo es Hoffy Stalley. Tiene una sobrina casada, que no vive con él. Quizá ahora empiece Clarissa a sondear a la sobrina y a su esposo. Clarissa hace una vida social muy activa; conoce así a mucha gente y adquiere otros informes que yo no podía conseguir.

—Y no te extrañaría que se hiciera amiga de la sobrina de Stalley.

—Por lo menos, puede intentar entablar una discreta relación y sondearla sobre el particular. A ella o a su marido.

Ketty entornó los ojos.

—¿Qué tal si fuese yo quien iniciase los sondeos? —propuso.

—¿Tú? —se asombró Russell.

—Bien, si lo que me has dicho no está equivocado, resulta que la sobrina y única pariente de Hoffy Stalley se llama Merlyne Duncan, compañera mía de colegio hace cuatro años y durante dos, en una habitación común para ambas.

Russell se quedó con la boca abierta.

—Pero, Ketty, eso sería fantástico...

El timbre de la puerta sonó de repente.

—Iré a ver quién es —dijo él—. Luego seguiremos hablando sobre el particular.

Ketty asintió. Russell abrió la puerta y se encontró frente a frente con una cara conocida.

—Señora Calhoun —exclamó.

—Hola —dijo la visitante—. ¿Puedo pasar?

—Claro que sí, Bridget. Ketty, te presento a la señora Calhoun. Es la cocinera de la señora Hulme. Bridget, le presento a la señorita Spaddock.

—¿Cómo está, señora? —saludó Ketty.

—Mucho gusto —dijo la cocinera. Se volvió hacia el joven y le dirigió una mirada inquieta—. Señor Russell, tengo que decirle algo. Es respecto al anterior mayordomo. Me refiero al señor Reynolds.

—¿Le sucede algo? Tengo entendido que se despidió, Bridget.

La cocinera hizo un signo negativo.

—Temo que eso no sea cierto, señor —contradijo—. Sospecho que le ha ocurrido algo malo.

* * *

Bridget Calhoun parecía algo intranquila. Russell la hizo sentar, mientras la muchacha le preparaba una taza de té.

—¿Qué le hace sospechar a usted que Reynolds no se ha despedido? —preguntó momentos después.

—Bueno... era un hombre bastante correcto. Creo que me hubiera dicho algo antes de irse...

—Tal vez tenía mucha prisa —sugirió Ketty.

—Es posible, pero, aun así, hubiera dicho siquiera adiós con la mano, en lugar de marcharse a media noche sin decir nada. Eso no me parece correcto en un hombre tan bien educado como el señor Reynolds.

—Si usted estaba durmiendo...

—Tengo el sueño bastante ligero y siempre oigo a la señora cuando vuelve a altas horas de la madrugada, después de haber asistido a una de sus fiestas. Si Reynolds se hubiese ido de noche, habría oído la puerta de la casa, seguro.

—Quizá, en esos momentos, estaba usted en el primer sueño, que es siempre muy profundo.

—Es posible, señor —admitió Bridget—. Pero, de todas formas, lo que no me convence es el hecho de que el señor Reynolds se fuese al Norte para visitar a su madre, gravemente enferma.

—¿Es eso algo malo? —preguntó Ketty.

—El señor Reynolds llevaba muchísimos años al servicio del señor y la señora Hulme. Yo entré en la casa después de él, hace unos doce años. Era muy reservado, pero, a la larga, se conoce la gente. El mayordomo jamás dijo que tuviese familia en el Norte, esto es, en Escocia. Siempre me habló del País de Gales... y no recuerdo haberle oído jamás mencionar a su madre. Ni siquiera recibía una felicitación suya para Navidad o él la felicitaba en esas fecha. Tengo entendido que había muerto cuando él era bastante joven.

—Bueno, pero, ¿quién le dijo a usted que Reynolds se había ido a Escocia, a visitar a su madre, gravemente enferma?

—La señora Hulme, señor.

Hubo un instante de silencio.

Russell y la muchacha intercambiaron una mirada.

—Además —prosiguió Bridget—, la noche en que se marchó el mayordomo, yo estuve durmiendo muchas horas. Tengo casi la plena seguridad de que me pusieron un narcótico en el té que tomo después de cenar. Me acosté a las diez, me dormí en el acto y no desperté sino hasta las nueve y media del día siguiente.

—Casi doce horas —dijo Ketty.

—En efecto, señorita.

—Bien, pero, ¿por qué ha venido usted a verme, Bridget? —quiso saber Russell.

—Usted es detective. Lo comenté un día con la señora y ella se sonrió, maliciosamente, me parece. ¿Verdad que es usted detective, señor Russell?

El joven carraspeó.

—Bueno, dejemos esto —dijo, evitando mirar a Ketty, que parecía próxima a un estallido de hilaridad—. ¿Hay algún otro detalle que le haga suponer a usted que al señor Reynolds le ha pasado algo malo?

—El sótano, señor —dijo la cocinera—. Ahora está cerrado con doble vuelta de llave y no he podido entrar allí. Claro es que solo servía como trastero y antes no iba mucho, pero el otro día necesitaba guardar algunas cosas viejas y no pude hacerlo. Pedí la llave a la señora y me dijo que la había perdido y que sería preciso llamar a un cerrajero. Cuando le dije que yo misma lo haría, se puso furiosa y me contestó que mi puesto estaba en la cocina y que me olvidase del cerrajero.

Nunca la había visto tan furiosa, señor —concluyó Bridget con notoria ingenuidad.

—El sótano —repitió él meditabundo—. Un buen sitio para esconder un Cadáver.

—¡No diga usted eso, señor! —gritó la cocinera, espantada.

—Calma, calma, Bridget; todavía no estamos seguros de que Reynolds haya sido asesinado. ¡Quién sabe si su madre se fue a vivir a Escocia realmente! ¿No te parece, Lynn? —intervino la muchacha.

—Sí, pudiera ser. Bridget, ¿ha dicho a la señora que venía a verme?

—No, no le he dicho nada...

—Ni se le ocurra —recomendó Russell enérgicamente—. Haga su vida normal y no comente esto con nadie absolutamente, ni deje traslucir, bajo ningún concepto, lo que sabe. ¿No te parece, Ketty?

—Por supuesto, Lynn —convino la aludida.

Bridget se puso en pie.

—Ahora me siento un poco mejor, aunque no tranquila del todo —manifestó—. Necesitaba desahogarme con alguien...

—Bridget, usted sabe que soy muy amigo de la señora —dijo el joven

—. Cuando vino a verme, ¿no pensó que yo podía quizá traicionarla a usted?

—No, señor. La cosa hubiera cambiado de haberse tratado del nuevo mayordomo de la señora. Francamente, jamás había visto a un mayordomo abrazando a su señora con tanto entusiasmo como lo hacía el señor Horton —concluyó Bridget sus sensacionales revelaciones.

CAPÍTULO XII

Después de que la cocinera se hubo ido, Russell sintió que necesitaba un trago.

—Estoy en las mismas condiciones —dijo Ketty.

Russell llenó las copas. Después de tomar un sorbo, dijo:

—Ketty, esto cambia las perspectivas.

—Sí, Lynn, lo mismo opino yo —contestó ella—. ¿Crees que el mayordomo ha sido asesinado?

—No sé, no quisiera aventurarme a dar una respuesta en un sentido o en otro. Pero las revelaciones de la cocinera dan pie para pensar en lo peor.

—Si Reynolds murió asesinado, ¿por qué, Lynn?

—Deltan se ha convertido ahora, además de en el nuevo mayordomo, en el amante de Clarissa. Quizá Reynolds estorbaba.

—O tal vez, como llevaba tantos años en la casa, se enteró de algo que a Clarissa no le interesaba fuese divulgado y se vieron obligados a suprimirlo —opinó Ketty.

—Es muy posible, aunque, de todos modos, es un tema secundario. El asunto principal es que ya sabemos que Clarissa es el cerebro que planea los asesinatos y Deltan su ejecutor privado.

—Sí, pero, ¿cómo probarles los crímenes?

—Dos trampas, una para cada uno —contestó Russell—. Y tú te encargarás de tender una, precisamente la destinada a Clarissa.

—¿Cómo? —quiso saber la chica.

—Antes has dicho que eres muy amiga de Merlyne Duncan, la sobrina de Stalley.

—Sí, ciertamente. Es más, te diré que anteayer me llamó por teléfono, invitándome a la fiesta que da mañana en su casa. Puedo aprovechar la ocasión para hablar con ella y... ¿qué le digo, Lynn?

Russell señaló el teléfono.

—Pregúntale si entre sus invitados figura la señora Hulme —indicó—. Si no es así, ve a verla hoy mismo y dile que la invite con cualquier pretexto. Clarissa asiste a muchas fiestas, tiene mucho renombre social: Merlyne puede decirle que ha oído hablar mucho de ella y que desearía vivamente conocerla y tenerla como invitada... Bien, las cosas que se suelen decir en estas circunstancias.

—Comprendo, Lynn. ¿Y después?

—No habrá otro remedio que esperar a que la señora Hulme llame a tu amiga Merlyne. Pero esta vez, habrá una grabadora que recogerá la

conversación, cosa que no ha sucedido en circunstancias similares, ocurridas antes de ahora.

—Creo que comprendo —sonrió Ketty.

Se dirigió al teléfono y habló con su amiga breves momentos. Luego se volvió hacia el joven.

—Iré a verla —dijo.

—De momento, no le expliques todo. Procura ser discreta; tiempo habrá para que Merlyne conozca toda la verdad.

—Está bien, Lynn.

Ketty se dispuso a salir. Con la mano en el pomo de la puerta, se volvió hacia el joven.

—Lynn, ¿qué trampa piensas poner al ejecutor privado de la señora Hulme? —preguntó.

—No lo sé aún; tengo que pensarlo muy detenidamente; pero en esa trampa Nancy Horton tendrá una participación muy importante.

Russell se quedó solo. No pudo evitar sentirse melancólico durante algunos momentos. Le parecía imposible que Clarissa, aquella hermosa mujer, a la que había tenido en sus brazos, fuese tan cruel y despiadada como para haber ordenado varios asesinatos.

—Sin contar con la muerte de su propio esposo y la más que probable del buen Reynolds —murmuró lúgubrementes.

* * *

La fiesta estaba en su apogeo. Constantemente se oían risas y exclamaciones de alegría. El tintineo de las copas se producía de forma ininterrumpida.

—Estás muy nerviosa, Merlyne —observó Ketty.

—Un poco, lo confieso —respondió la bella anfitriona.

—¿Te sucede algo malo? ¿Puedo serte útil? Recuerda que fuimos compañeras de colegio y que nuestra amistad debe servir para algo más que pronunciar hermosas palabras.

—Oh, gracias, querida, pero no creo que tú puedas sacarme del apuro en que me encuentro. Es demasiado grave...

—¿Dinero, tal vez?

Merlyne asintió con una forzada sonrisa en los labios.

—Algo por el estilo, querida —hizo un ademán circular con la mano, señalando a la masa de invitados que pululaba por las estancias de la casa—. Ya ves, ni siquiera sé cómo voy a pagar los gastos que nos va a ocasionar esta fiesta.

—¡Merlyne! —exclamó Ketty, vivamente sorprendida—. ¿Qué estás diciendo? ¿Tan mal os van las cosas?

—Querida, tú no sabes qué es estar casada con un hombre que no tiene la menor noción de lo que es el dinero y, peor aún, que no sabe desenvolverse en los negocios en absoluto. Por fortuna para Londres, Charlie no dirige los servicios de limpieza: la ciudad estaría llena de basuras a diario.

—Eres muy sarcástica, querida. Yo creo que Charlie...

—Charlie tiene, no un agujero en la mano derecha, como muchos, sino también en la izquierda. Respecto al dinero, es como un grifo abierto, solo que el contenido del tanque se ha agotado ya hace tiempo. Estamos recurriendo al crédito; cuando se nos acabe...

—¿Molesto, queridas? —sonó de pronto una voz melosa.

Las dos jóvenes se volvieron. Merlyne compuso una sonrisa de circunstancias.

—Oh, no, en absoluto, señora Hulme —dijo—. Mi amiga y yo charlábamos de cosas sin importancia... Pero no le he presentado a la señorita Spaddock. Ketty, la señora Hulme.

—Encantada, señora —dijo la muchacha.

Clarissa hizo una breve inclinación de cabeza. En su fuero interno, Ketty hubo de reconocer que, probablemente, era la más elegante de todas las mujeres que asistían a la fiesta. El vestido de gruesa seda blanca, de audacísimo escote, era una prenda que solo una mujer como Clarissa podría llevar victoriosamente, reconoció Ketty.

—He de darle las gracias por su amable invitación, Merlyne —dijo Clarissa—. Francamente, tenía muchas ganas de conocerla y su invitación me sorprendió gratamente. Espero tener ocasión de corresponder en cualquier ocasión; me sentiré encantada de tenerla en mi casa unas horas.

—Cuando usted guste, señora Hulme...

—Por favor, llámeme Clarissa; no me haga importante —rio la invitada—. Una fiesta encantadora, se lo digo con toda sinceridad. Claro es que con semejante anfitriona, las cosas no podían por menos de salir tan bien.

—Muy amable, Clarissa —contestó Merlyne.

Un hombre se asomó a la puerta de la salita donde charlaban las tres mujeres.

—Clarissa, ven, tengo que contarte el último chiste —dijo.

—Un momento, Ronald, ahora voy —Clarissa dirigió a las dos jóvenes una maliciosa mirada—. Es mi última conquista —añadió en voz baja—. Tan pegajoso como las moscas, pero con la desventaja que no puedo eliminarlo con insecticida.

Ketty y Merlyne se echaron a reír, pero sus risas cesaron bien pronto al quedarse solas.

—Lo has hecho muy bien, Merlyne —elogió la muchacha.

—¿Nos habrá oído? —preguntó la anfitriona.

—Seguro. Hacía rato que estaba junto a la puerta. Fingía descansar, pero estaba oyéndolo todo.

—¿Cómo sabes que estaba junto a la puerta, Kitty?

—Se le veía un pico de la falda de su vestido. Tiene demasiada tela —respondió Kitty con aire de suficiencia—. Y, recuerda, ha venido precisamente a eso: a enterarse de si merece la pena hacer a los señores Duncan una propuesta de asesinato.

Merlyne se estremeció.

—Horrible —dijo en voz baja—. No sé si sabré desempeñar la comedia...

—Tienes que hacerlo —dijo la muchacha con voz firme—. No me falles en el último momento o el plan que hemos urdido se nos irá al diablo.

* * *

—Tienes que negarte a pagar —dijo Russell.

Nancy Horton se estremeció.

—Pero si me niego, esa chantajista me matará... —dijo, casi sollozando.

—No te matará —aseguró el joven—. Por cierto, ¿les has dicho algo a tus hijos?

—No. He hablado con ellos y no tienen la menor noticia.

«Fue ella la que se entendió con Clarissa, aunque Lionel y Keith aprobaron el negocio», pensó Russell.

—Ellos no viven aquí, ¿verdad?

Nancy hizo un gesto negativo.

—Cuando... cuando heredamos a tío Marthy, cada uno de ellos puso su propia casa... —respondió.

El teléfono sonó bruscamente.

Nancy pegó un salto en el asiento, a la vez que emitía un gritito de pavor. Russell la agarró por un brazo.

—Contesta —dijo.

El teléfono seguía sonando. Ella le dirigió una mirada implorante.

—Contesta y niégate a pagar —insistió Russell—. Y, recuerda, yo te protegeré.

Nancy levantó el teléfono con una mano. Necesitaba la otra para contener los tumultuosos latidos de su corazón.

—Diga...

—Señora Horton, espero su respuesta —sonó una voz de mujer, fría e impersonal.

—No... no pienso pagar. Y usted no puede obligarme a...

—No la obligaré, en efecto. Pero ya le hice una advertencia días atrás.

—¿A qué advertencia se refiere? —preguntó Nancy, previamente aleccionada.

—No se haga la inocente. Recuerde lo que les sucedió a los hermanos Mitchar. Eso es todo. Adiós.

Sonó un «click». Nancy volvió el teléfono a la horquilla y miró al joven con expresión suplicante.

Sin hacerla caso, Russell sacó la cinta magnetofónica de la grabadora acoplada previamente al teléfono y colocó otra.

—Esto es por si vuelve a llamarte esa mujer, aunque lo dudo —dijo.

—Vendrán a asesinarme... —gimoteó Nancy.

—Repito que yo estaré aquí para protegerte —contestó él con voz firme.

Se dirigió hacia la puerta.

—Volveré dentro de un par de horas —prometió—. Mientras tanto, no abras a nadie, sea quien sea, y mucho menos si se tratase de un supuesto fontanero que viniese a reparar alguna avería de los grifos. ¿Has entendido, Nancy?

* * *

Unos minutos más tarde, sonó el teléfono en la residencia de los señores Duncan.

Ketty y Merlyne estaban juntas. Sin hacer ruido, Ketty levantó el supletorio. Al mismo tiempo, puso en marcha la grabadora.

Luego hizo una seña a su amiga. Merlyne se llevó el teléfono a la oreja.

—Habla la señora Duncan —dijo.

—¿Cómo se encuentra, señora? No muy bien, supongo, puesto que sus asuntos económicos no llevan una marcha demasiado boyante, ¿no es cierto?

—Oiga, ¿quién le ha dicho a usted semejante...?

Ketty oyó una risita a través del auricular.

—Estoy muy bien enterada de sus problemas financieros, señora —continuó Clarissa—. Por cierto, tienen un pariente riquísimo, el señor Stalley. Ustedes son sus únicos herederos.

—Me parece que se extralimita, señora. Ni mis asuntos ni mi parentesco con el señor Stalley le interesan a usted en absoluto.

—¿De veras? Oiga, se calcula que la fortuna de Hoffy supera los cuatro millones de libras. Usted y su esposo se harían inmensamente ricos si al señor Stalley le ocurriese algún accidente. ¿No es verdad, señora Duncan?

Ketty hizo una seña. Merlyne guardó silencio deliberadamente.

—¿Me oye, señora Duncan? ¿Por qué no contesta? —preguntó Clarissa, impaciente.

—¿Por qué no habla usted claro de una vez? —sugirió Merlyne.

—No es usted tonta, señora. Cualquier persona habría entendido fácilmente lo que he tratado de decirle.

—Sí, creo que comprendo. Mi tío podría sufrir un accidente...

—Exacto. Le costaría algún dinero, claro, pero, ¿qué importarían, digamos doscientas mil libras a quién podría heredar casi tres millones, una vez deducidos impuestos y demás?

—Acepto, pero con una condición —dijo Merlyne impulsivamente.

—¿Sí, señora Duncan?

—Rapidez, mucha rapidez.

Ahora era Clarissa la sorprendida.

—Señora Duncan...

—Si es usted capaz de hacer lo que dice, demuéstrelo. Tendrá un cuarto de millón, en lugar de la cifra mencionada.

—Oiga, estas cosas no se preparan tan fácilmente...

—Es que tengo mucha prisa —dijo Merlyne—. ¿O acaso usted está fanfarroneando?

—Está bien —dijo Clarissa—. Antes de una semana, usted y su esposo serán herederos de su tío Hoffy. Pero le haré una advertencia.

—Diga, señora.

—No acostumbro a que los clientes se burlen de mí. Quien lo intenta, lo paga muy caro. Lea los periódicos de mañana, se lo aconsejo, señora Duncan.

—Siempre soy sincera en mis tratos —protestó Merlyne.

—Resultará muy conveniente para todos. Ah, y ya le indicaré la forma en que ha de enviarme el dinero. ¿Entendido?

—De acuerdo.

La comunicación se cortó. Merlyne exhaló un sonoro «¡Uf!» de alivio al dejar el teléfono en su sitio.

—Estarás satisfecha, supongo —dijo.

Ketty sacó la cinta de la grabadora.

—Más que satisfecha —aseguró, sonriendo brillantemente—. Durante casi dos años, Lynn y yo nos hemos preguntado cómo conseguía esa mujer ponerse en contacto con sus «clientes». Ahora ya lo sabemos gracias a ti, querida.

Merlyne sonrió.

—¿Qué piensas hacer, Ketty? —preguntó, viendo que su amiga se disponía a marcharse.

—Ah, eso es ya cuenta de Lynn. Supongo que tendrá un plan trazado. Lo sabrás a su debido tiempo —contestó la muchacha.

—Oh, yo me refería a... a después... cuando haya acabado este jaleo. Y también me refería a él, por supuesto.

Ketty guiñó un ojo.

—Si no me pide que me case con él, tendré que darle un buen garrotazo en la cabeza, a ver si así consigo espabilarlo —respondió alegremente.

CAPÍTULO XIII

Sonó el timbre de la puerta. Disimulando el temblor que hacía temblaquear todo su cuerpo, Nancy cruzó el vestíbulo y abrió.

—Señora Horton —dijo el hombre que estaba en el umbral, a la vez que se descubría cortésmente.

—Sí, yo misma —contestó Nancy—. ¿Qué desea usted?

—Smith, de la compañía de la luz. Me han avisado que hay una avería en esta casa.

—Ah, sí, pero no es de importancia; casi no me acordaba ya. Entre, señor Smith; la avería es en la instalación de la sala.

—Muchas gracias, señora.

Deltan cruzó el amplio vestíbulo y se encaminó hacia la puerta que le había señalado Nancy. Bajo el impermeable, vestía un mono azul. En la mano llevaba una caja de herramientas.

Abrió la puerta y movió el interruptor. Las luces se encendieron en el acto.

—Entre, Deltan —dijo alguien.

El asesino se estremeció. Frente a él, Russell sonreía tranquilamente.

Hubo un momento de silencio. Luego, Deltan se volvió.

Nancy había desaparecido.

—Así es mejor —dijo, sonriendo.

Y cerró la puerta.

—De modo que una trampa, ¿eh? —añadió.

—Sí, Harry.

—Para los tramposos, yo tengo cierta receta muy especial, Russell.

—Lo mismo dirían los Mitchar, si pudieran hablar, Una idea genial la suya, al usar unos chanclos tres veces mayores que su número corriente de calzado.

—Nadie sabe que yo lo hice. Ni usted lo va a divulgar, por supuesto.

—Harry, ¿cómo se le ocurrió adoptar esta «profesión»? —preguntó el joven.

Deltan se encogió de hombros.

—Mi primer caso fue algo obligado —respondió—. Luego... bueno, uno se acostumbra a todo.

—Incluso a matar a la gente.

—Eso da mucho dinero, cuando los muertos son peces gordos.

—Cinismo se llama a esa figura, Harry. ¿Cómo le obligó el superintendente Hulme?

—Tenía el reloj de mi esposa. Había en el cristal una huella dactilar de mi pulgar. Él retuvo la única prueba que había contra mí.

—Increíble —comentó Russell—. Un hombre que sabe hacer las cosas tan bien...

—Días antes, yo se lo había puesto en hora. Olvidé ese detalle cuando cambié la hora, para que coincidiese favorablemente con mi coartada.

—Y así, el señor Hulme...

—Debía de tener madurado el plan desde hacía tiempo, pero le faltaba el hombre de confianza.

—Hasta que le encontró a usted.

—Ya ve —sonrió Deltan—. Pero, ¿cómo ha sabido que yo...?

—Cometió un error el día en que preparó la trampa mortal para el señor Mitchar. Su furgoneta, evidentemente con rótulos ficticios, tenía un pequeño defecto en el parachoques. Tuvo que comprarse uno nuevo y el vendedor me hizo una muy buena descripción física de usted. Aun así, supo borrar muy bien sus huellas cuando vendió todo el mobiliario y hasta objetos personales a Fred Coslar y se marchó solo con dos maletas de ropas. Es evidente que tiene una casa en alguna parte de Londres, probablemente, hacia las afueras, con el fin de disponer de un pequeño garaje, en el que poder albergar la furgoneta, pero esto es cosa de que se ocupará la policía.

—¿Seguro? —dijo Deltan.

—¿Por qué no iba a estarlo? —contestó Russell.

—Lo discutiremos muy pronto. Pero empiezo a darme cuenta de que ha estado buscando mi rastro durante mucho tiempo. No entiendo los motivos, si le he de ser franco.

—Mitchar tenía una sobrina. Resultó que es conocida mía y empezamos a buscar, porque ella creía que los otros Mitchar habían pagado a un asesino. Además, estaba indignada porque el testamento no mencionaba a su madre para nada.

—Algunos tipos son repugnantemente egoístas —comentó Deltan burlonamente.

Russell no hizo caso del comentario.

—Oiga, Harry, ¿cómo se colocó usted de mayordomo en casa de la señora Hulme? —preguntó.

—La verdad, me extrañó que, a poco de establecer yo el contrato con Hulme, me diese las órdenes una mujer. Pero pasado el tiempo, empecé a pensar y di con que algunas cosas solo podía saberlas un policía de alto rango. Como Hulme había muerto, sospeché de su mujer. Monté un servicio de espionaje y durante un par de días estuve sin contestar a las llamadas de Clarissa. Luego, la próxima vez que sonó el teléfono, respondí. Mi espía me informó de las horas precisas en que ella había levantado y

colgado el teléfono y del tiempo que había durado la comunicación. Los dos relojes, el del espía y el mío, coincidían plenamente.

—Y así supo que era ella y la obligó... Pero no tenía pruebas...

Deltan soltó una risita.

—Clarissa me «heredó» de su esposo. Si quería seguir ganando dinero por este procedimiento, tenía que seguir conmigo; no podía buscar a otro, del que no sabía, además, qué resultados podía darle.

—Usted era mucho más seguro y confiable, claro. Y su profesión, es decir, la que no ejerce desde hace años, le sirvió de mucho para preparar las trampas que mataban a su víctima. Poco podía sospechar la gente que la furgoneta de un fontanero era conducida, en realidad, por todo un ingeniero.

—En efecto, la profesión me sirvió de mucho para ciertos trabajos —convino Deltan—. Pero ahora no la necesitaré para nada, Russell; me bastará con usar una pistola y...

Deltan metió la mano en el interior del impermeable. Russell se aprestó a defenderse.

Súbitamente, se abrió la puerta.

—¡Ah, aquí está el tipo que quiere asesinar a nuestra madre! —gritó Lionel Horton.

Deltan se volvió, terriblemente sobresaltado.

—¡Duro con él! —rugió Keith.

Los dos iban armados con revólveres. Deltan lanzó una horrible maldición.

Llegó a sacar la pistola, pero no pudo hacer un solo disparo. Los dos revólveres que había frente a él vomitaron una verdadera tempestad de raído, llamas y humo.

Deltan retrocedió, manoteando convulsivamente, a la vez que emitía unos roncós aullidos. Tropezó con una mesa y se volvió para agarrarse a ella, pero acabó por derribarla, cayendo al suelo, literalmente acribillado a balazos.

El estruendo cesó. Lionel y Keith se consultaron con la mirada.

—¿Qué hacemos con este, tú? —preguntó uno de los hermanos.

—¿Sabe algo? —dijo el otro.

—Lo siento, caballeros, pero como hacer, temo que no harán nada con el señor Deltan —sonó de pronto una voz en la puerta del saloncito.

Lionel y Keith se volvieron a la vez. El inspector McCull estaba ante ellos, acompañado por un par de agentes uniformados, todos ellos armados con sendas pistolas.

—Gracias, Mac —dijo Russell, a la vez que se dirigía hacia la puerta.

—¿Has grabado la conversación? —preguntó el inspector.

—Sí, ahí adentro está la cinta, en el sitio en que convinimos.

McCull asintió. Russell salió al vestíbulo.

Nancy le miró, con ojos en los que se adivinaba un terror infinito. Su rostro era una máscara de absoluta blancura.

—Lo siento —dijo el joven—. Tendrás que explicar muchas cosas.

Nancy boqueó. No salían sonidos de su garganta.

—Si creías que la muerte de Deltan iba a resolver tus problemas, estás muy equivocada —se despidió Russell.

Un policía se acercó a la mujer y la tomó por un brazo. Ella, anonadada, se dejó llegar sin resistencia.

* * *

—No quiero que vengas —dijo Russell, después de haberse hecho cargo de la cinta magnetofónica que le había entregado Ketty.

—Pero, ¿por qué? Tengo derecho...

—No tienes derecho a correr riesgos.

Ketty apretó los labios.

—¿Ya empiezas a mandar? —preguntó.

—En este asunto, sí. En otros... bueno, ya veremos. De pronto, agarró a la chica por los hombros y la atrajo hacia sí, besándola fuertemente. Ketty, al separarse, lanzó un hondo suspiro:

—¡Por fin! —exclamó, jubilosa—. Llegué a creer que eras de piedra.

—Estabas completamente equivocada —sonrió él.

Y se dirigió hacia la salida.

Media hora más tarde, llamaba a la puerta de la casa de Clarissa. Bridget Calhoun salió a recibirle.

—Lo siento, señor; el mayordomo no está...

Russell le hizo una seña con la cabeza. Bridget comprendió y salió de la casa.

La voz de Clarissa sonó a través de la puerta de la salita íntima:

—¿Quién es, Bridget?

—Yo, Clarissa.

Se oyó repiqueteo de tacones. Clarissa se hizo visible.

—Ah, hola, Lynn —sonrió—. ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Quieres entrar a tomar una copa conmigo? Dispensa al mayordomo, ha tenido que salir urgentemente...

—Muy bien —aceptó él.

Entraron en la sala. Ella sirvió las copas, vuelta de espaldas a su visitante.

Al volverse, vio una grabadora portátil sobre la mesa.

—¿Qué es eso, Lynn? —preguntó, intrigada.

Impasible, Russell puso la grabadora en marcha. Instantes después, se

oyeron las primeras palabras:

»—Habla la señora Duncan».

»—¿Cómo se encuentra, señora? No muy bien, supongo, puesto que sus asuntos económicos no llevan una marcha demasiado boyante, ¿no es cierto?».

Al terminarse la conversación reproducida, Russell miró a la mujer. Clarissa aparecía intensamente pálida, aunque conservaba la serenidad.

—¿Qué pretendes, Lynn? —preguntó—. ¿Dinero?

—No, Clarissa.

Ella creyó entender. Inspiró con fuerza.

—¿Eres amigo de la señora Duncan? —preguntó.

—La amiga es Ketty Spaddock, a la que tú conociste en la fiesta que dio Merlyne hace un par de días. Fueron juntas al colegio y ella se prestó a la comedia.

Clarissa entornó los ojos.

—¿Cómo llegaste a sospechar de mí, Lynn? —quiso saber.

—Harry Deltan.

—¿Lo conocías?

—Tenía una descripción física de él... pero esto sería largo de contar, Clarissa.

—A decir verdad, ya no importa en absoluto. Nunca supuse que Ketty y Merlyne fuesen amigas.

—Aprovechamos la coincidencia de que tú no la conocías. Ketty era pariente de Robbyn Mitchar.

—Eso lo explica todo. Mejor dicho, casi todo, aunque me imagino que, a estas horas, las explicaciones no resultarían interesantes.

—Salvo la que se refiere a Reynolds.

Los ojos de Clarissa chispearon vivamente.

—Está fuera —dijo—. En...

—No digas que en Escocia, porque jamás tuvo allí familia. Reynolds era del País de Gales.

—Oh, qué error. ¿Quién te lo ha dicho?

—Bridget, la cocinera. ¿Por qué lo mataste?

Clarissa sonrió levemente.

—De modo que Bridget... ¡Quién lo diría! —murmuró, pensativamente—. Está visto que hoy día no se puede una fiar del servicio.

—Clarissa, ¿por qué mataste a Reynolds? —insistió el joven.

—Lo sorprendí tratando de abrir la caja fuerte.

—En la cual, me imagino, guardas muchas cosas interesantes.

—Supones bien, Lynn.

—¿Qué hiciste con el cadáver de Reynolds?

Ella se volvió de pronto hacia el aparador.

—¿Te gustaría ver lo que hay en mi caja fuerte? —preguntó, vuelta de espaldas a él.

—Tal vez, aunque no me mata la curiosidad.

Clarissa se volvió de pronto hacia el joven. En la mano tenía una pequeña pistola.

—Lo que vas a ver es el sitio dónde está Reynolds —dijo, con voz acerada—. Camina delante de mí, con las manos bien separadas del cuerpo. ¿Has entendido?

Russell no dijo nada. Ella le hizo salir al vestíbulo, indicándole luego la puerta que daba al sótano. El joven caminó unos pasos más.

Algo cayó a sus pies. Era la llave.

—Abre —ordenó Clarissa.

—¿Te costó mucho traer a Reynolds hasta aquí?

—Ya no protestó —respondió ella.

—Harías mucho ruido...

—Bridget estaba narcotizada; él mismo me lo dijo. Tuve tiempo de sobra.

—¿En una sola noche?

—Bridget tenía su día libre dos días después. Aproveché para completar la obra.

—Ya entiendo. Y luego, con el tiempo, habrás ido borrando las huellas del sótano...

—Abre, Lynn, no me hagas perder la paciencia.

—Clarissa, di, ¿por qué mataste a tu esposo?

—Había... empezaba a haber una mujer de por medio. No me gustó.

—Pero ya conocías el plan que él había trazado.

—Sí, y seguramente, yo habría colaborado con él, y la otra se hubiese llevado la mayor tajada. El asunto ya estaba en marcha, así que me estorbaba.

—Y provocaste el accidente.

—Exacto. Vamos, Lynn, abre de una vez.

—Espera un momento, Clarissa. ¿No se te ha ocurrido preguntarte por qué Harry no ha vuelto aún?

Ella se sorprendió un tanto.

—No comprendo...

—Harry ha muerto.

Hubo un momento de silencio.

—Hablé con él —siguió Russell poco después—. Registré un diálogo muy interesante. Pero, de repente, aparecieron los hijos de la señora Horton y lo acribillaron a balazos. Nancy debió de llamarlos; ellos sabían que un fontanero no podía resultar sino sospechoso, después de lo que les había ocurrido a Mitchar y a Kindlare. Además, suprimiendo a Deltan, no solo

callaban una boca comprometedora, sino que evitaban a Nancy el pago de ciento veinte mil libras.

—¿Es cierto eso, Lynn? —preguntó Clarissa, con voz insegura por primera vez.

—Absolutamente cierto, señora —sonó de pronto la voz del inspector McCull—. Suelte el arma, por favor.

Clarissa se estremeció fuertemente. Durante un segundo, permaneció inmóvil, con la respiración en suspenso.

De repente, se volvió, levantando la mano armada. McCull y otro policía hicieron fuego.

Clarissa se tambaleó y cayó hacia atrás. Russell la cogió en brazos.

Lentamente, la depositó en el suelo. Ella había cerrado los ojos.

La sangre se extendía lentamente por su pecho. McCull soltó una maldición.

—Nos obligó a disparar —dijo.

—Posiblemente, lo hizo con toda deliberación —sospechó Russell.

Clarissa se estremeció un poco. Luego, su cabeza se dobló a un lado.

Russell se encaminó hacia la puerta.

—Haz que te abran su caja fuerte, Mac —indicó, al pasar junto al policía.

McCull asintió. Russell salió a la calle.

Respiró fuertemente. Las estrellas lucían en lo alto. Ya llegaba el buen tiempo.

* * *

—Y creo que esto ha terminado ya —dijo Russell, después de haber explicado a la muchacha lo sucedido.

Estaba sentado en un sillón. Ketty se acercó a él, sujetó su cara con ambas manos y le besó fuertemente en la boca.

—Premio al vencedor —dijo.

Russell la atrajo por la cintura y la hizo sentarse en sus rodillas.

—Ahora —dijo—, creo que deberíamos empezar a pensar en nuestros propios asuntos, querida.

—No es mala idea —convino la muchacha—. ¿Qué piensas hacer?

—Primero, casarme contigo. Después...

El teléfono sonó de pronto. Ketty estaba más cerca y alargó la mano.

Escuchó unos momentos. Luego dijo:

—No, Merlyne, no he tenido necesidad de darle un garrotazo; es un chico más espabilado de lo que parece... Ah, y dale las gracias a tu tío, Lynn irá a verle mañana sin falta.

Ketty volvió el teléfono a su sitio. Intrigado, Russell exclamó:

—Pero, bueno, ¿se puede saber qué es lo que pasa?

—El sentimiento de la gratitud está más extendido de lo que comúnmente se cree. Por eso, Hoffy Stalley quiere que vayas a verle mañana. Es posible que tenga un buen empleo para ti. Y, a decir verdad, lo vamos a necesitar, querido.

—Es una noticia estupenda —dijo él—. Pero lo que no entiendo es eso que decías de un garrotazo...

Ketty lanzó una carcajada.

—Ya te lo explicaré en otro momento, querido —contestó. Y como seguía sentada sobre sus rodillas, tuvo que inclinarse hacia él para besarlo.

F I N

SORTEO DEL MILLÓN

PISO Y COCHE O UN MILLÓN

Editorial Bruguera S. A., se complace en ofrecer a sus lectores de España la oportunidad de participar en un gran sorteo que puede convertirle a Ud. en propietario de un **MAGNIFICO PISO Y UN MODERNO COCHE** o si lo prefiere de **UN MILLÓN DE PESETAS**.

Lea atentamente las siguientes instrucciones y bases, envíenos debidamente cumplimentado el cupón que hallará en la última página y... ¡BUENA SUERTE!

INSTRUCCIONES Y BASES DEL SORTEO

Corresponderá el premio al participante cuyo cupón coincida con el número que obtenga el primer premio de la Lotería Nacional del día 25 de agosto para todos los cupones recibidos hasta el 12 de agosto y con el que coincida con el del día 15 de noviembre para todos los recibidos desde el 13 de agosto al 5 de noviembre.

Fechas de preclinto de los cupones recibidos: 24 agosto y 14 noviembre.

Fecha de desprecintaje, de desempate si lo hubiere y entrega de los premios: 27 agosto y 16 noviembre.

Sólo podrán participar en este sorteo las personas residentes en cualquiera de las provincias españolas, quienes podrán mandar tantos números como cupones reúnan.

Los empleados de Editorial Bruguera S. A. no pueden participar en este sorteo.

En el espacio de tiempo comprendido entre la fecha de cierre de recepción y la de precinto se clasificarán todos los cupones por orden de números.

Los actos de precintar y desprecintar las cajas, el sorteo de desempate si lo hubiere y la distribución de premios serán públicos y efectuados ante notario en los locales de la Editorial, calle Camps y Fabrés, núm. 5 —BARCELONA—, pudiendo asistir a ellos todos los participantes que lo deseen sin necesidad de invitación.

Si ningún cupón coincidiese con el primer premio de la Lotería Nacional, en las fechas indicadas, los premios se adjudicarán al número más próximo, sea anterior o posterior. En ningún caso, pues, dejará de haber ganador.

De existir más de un acertante se efectuará sorteo de desempate entre ellos ante el mismo notario.

Si el premio correspondiese a una persona menor de edad, el importe del mismo será entregado a sus padres o tutores legales.

Todo cupón roto o enmendado, sin firmar o sin que consten todos los datos solicitados quedará fuera de concurso.

Para reclamar los premios será necesario presentar el resguardo retenido, **SUJETO A LA NOVELA EN QUE HAYA SIDO PUBLICADO**. Dicho resguardo deberá coincidir con el cupón enviado.

Los ganadores que elijan la opción del piso y el coche deberán tener presente que Editorial Bruguera, S. A. sólo se compromete a efectuar por este concepto un desembolso que comprendidos todos los gastos no supere el millón de pesetas.

La participación en el sorteo implica la aceptación de las presentes bases.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



epson

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*